

REVISTA DE LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867

SUMARIO. — A nuestros constantes lectores. — La reparticion de los premios. — Termina la lista de premios de España. — Las catacumbas. — Casa mobile. — La cerveza. — Picador de tabaco. — Exposicion japonesa. — Siam. — Fábrica de clavos. — Alhajas de madera. — Máquina de remar. — Motores eléctricos. — Ordenador mecánico. — Concluye la revista gastronómica. — Los monarcas de la Exposicion. — Modas. — Música tunecina. — Erratas. — Advertencia.

A NUESTROS CONSTANTES LECTORES.

Hoy puede decirse que media el gran concurso internacional de 1867, así como la publicacion que sobre su forma y espíritu nos propusimos hacer tres meses há, con mas alientos indudablemente que fuerzas. — El Emperador Napoleon va á entregar por sí mismo á los expositores mas distinguidos los premios que en el sentir del Jurado corresponden á cada uno: este acto divide el período de juzgar y el período de discutir. Es como si dijéramos un límite entre la exposicion de los hechos y la exposicion de los discursos. Por eso muchos de los hombres que se preparan á ilustrar la materia con su pluma, han demorado hasta ahora el comienzo de sus tareas, limitándose al estudio y análisis del mas complejo, numeroso y controvertible de los certámenes humanos.

Nosotros, con esa osadía que debe achacarse á ignorancia, cuando no se quiera reconocer en ella un poco de celo patriótico, no hemos aguardado á pensar ni discutir sobre los alcances del monstruo que se nos ponía ante la vista: ciegos con el ardor, y deseosos de corresponder á una confianza pública que nos halaga tanto como nos obliga, nos arrojamos desde el primer momento á una doble improvisacion de ver y de referir, sin reservarnos instante apenas para meditar. Esto ha llegado á ofuscar no poco nuestro entendimiento, y á resentir en algun tanto nuestra salud. Necesitamos, pues, unos dias de reposo, que pedimos al público entre la primera y la segunda parte de la Exposicion.

En ese tiempo, á la vez que rehagamos nuestras fuerzas, ordenaremos los apuntes que hemos tomado, prepararemos materia para un segundo avance de nuestra obra, y daremos lugar á los artistas, nuestros colaboradores, para que terminen los trabajos originales que sobre la exhibicion especial de España tienen en vias de ejecucion. Cuatro semanas solamente bastarán al objeto, y esas son las que, de la galantería de nuestros habituales lectores, esperamos permiso para suprimir. En agosto saldrán á luz los

dos cuadernos correspondientes, así como en los meses sucesivos hasta la terminacion del certámen; y este respiro, que para nosotros es de gran precio, no perjudicará á nuestros suscritores, antes bien podrá proporcionarles mayor variedad en los escritos, mayor copia de datos en los estudios, y mayor belleza y exactitud en la parte material de ESPAÑA EN PARÍS:

LA REPARTICION DE LOS PREMIOS.

El Palacio de la Industria, construido en los Campos Eliseos de Paris para la primera exposicion internacional que convocó la Francia en 1855, era el punto designado de antemano para la celebracion de la gran solemnidad en que el poder público, investido de sus mas elevados caracteres por el consentimiento de todas las naciones, habia de repartir entre los concurrentes á la Exposicion universal de 1867 los premios que en juicio contradictorio se les tenian anticipadamente adjudicados.

Inútil es decir que para esta ceremonia, cuya fastuosidad habia de ser proporcionada á la magnitud del asunto y á la grandeza del Emperador Napoleon que la presidia, era inexplicable el afan que mostraban los infinitos extranjeros á la sazón vecinos de la capital, y la muchedumbre de personas distinguidas de Francia misma, por contarse en el número de los asistentes. Baste decir que no pudiendo ser convidados, á pesar de la extension de la nave del palacio, todos los que tenian perfecto derecho á ello, se decidió repartir invitaciones á los individuos mas caracterizados de cada clase y de cada nacion, arrojando á la venta pública los billetes representativos de las demas localidades, por la no insignificante suma de doce duros cada uno, ó sea el precio de la libre entrada á las dependencias de la Exposicion desde el momento presente hasta el final de la convocatoria.

Los ingleses tropezaron con un escollo semejante en 1862; pero ellos lo resolvieron por la teoría de la libertad, convirtiendo en especie de *meeting* el acto solemne de la adjudicacion de premios. — Un jardin asombroso, tanto por su belleza como por sus proporciones, fué el local destinado para la solemne ceremônia; y allí, sobre el puente de una cascada colosal, con alfombra de yerba, techo de cielo, cortinas de agua y perfume de flores, se recompensaron, en extraña procesion de grupos, clases é individuos, las no-

tabilidades industriales y artísticas de aquel penúltimo concurso universal. Bien es cierto que entonces no era necesario que el recinto permitiese escuchar la palabra de nadie; porque muerto el príncipe Alberto algunos meses antes de la realización de la obra por él imaginada, y dolorida profundamente la reina, su consorte, hasta el extremo de todos conocido, una delegación del gobierno, mas que placentera, grave, y mas que habladora, muda, debía simbolizar la irreparable pérdida del uno y la sensible ausencia de la otra.

En París, por el contrario, era menester hablar, porque ni el Estado tenía motivo de duelo, ni es la Francia nación que pueda permanecer callada sin que su silencio se interprete como presagio de trastornos y embates europeos. Las complicaciones políticas que en 1º de abril traían preocupado el ánimo de las gentes, coincidieron con la escasa oportunidad de que el Monarca francés pronunciase un discurso de apertura ante la Exposición que estaba por concluir; y como nada hay en el orden económico de las naciones que deje de referirse al orden político, el silencio de entonces, aun cuando natural, fué tan nebuloso y ocasionado á dudas, como clara y lisonjera se dejaba entrever la palabra de ahora. —Ademas, Napoleon había convocado un certámen internacional que superase á cuantos hasta el día se han celebrado en el mundo, y este certámen exigía como consecuencia lógica una festividad industrial que tampoco tuviera precedentes en los fastos humanos. Inglaterra había celebrado el triunfo: Francia celebraría la apoteosis.

Los mas entusiastas por la idea de las exposiciones universales dudaban siempre, y con cierta razon, que el éxito de estas luchas pacíficas, de estas emulaciones desinteresadas, llegase nunca á ser como en sus sueños lo habían vislumbrado sus promovedores; pero al asomarse el 1º de julio por cualquiera de las puertas del mas extenso y deslumbrador recinto que haya fantaseado el número de un poeta; al ver sentados bajo el mismo sòlio á los Emperadores de Oriente y de Occidente; al contemplar en conjunto homogéneo millares de individuos, diferentes en raza, opuestos en costumbres, varios en idioma, antípodas en origen, pero atraídos todos cual rayos de una estrella al punto luminoso de la inteligencia y el trabajo, no hubieran podido menos de confesar que, como ha dicho oportunamente Napoleon III en su discurso, esas grandes reuniones que parecen no tener por objeto mas que el culto de los intereses materiales, son por el contrario síntesis morales que se forman con el concurso de las inteligencias, y refluyen en la civilización y concordia de los pueblos.

Es imposible presenciar un espectáculo como la distribución de premios de París sin sentirse inclinados á la paz, sin detestar la guerra, sin contribuir al concierto de las criaturas y sin enaltecer las conquistas del espíritu humano. Si las exposiciones de las cosas no fueran mas que un pretexto para el concurso de las personas, esto solo justificaria los enormes dispendios que aquellas originan y los colosales trabajos que acarrear. —Procuremos bosquejar á la vista del lector el cuadro del Palacio de la Industria en la mañana de la distribución de los premios. El cuadro será pálido porque carece de efectos teatrales; pero cada cual lo animará á su modo, y posible es que cada cual reproduzca en su imaginación las impresiones y discursos de los que lo presenciaron.

No hay sino figurarse una nave de la extensión aproximada del Prado de Madrid, cuya techumbre en bóveda de hierro y cristal, velada por una cortina de medio color, da paso á la penetrante luz de un sol de mediodía. De la bóveda penden banderolas con los colores y las armas de todas las naciones: desde la cornisa de arranque de esa bóveda hasta el pavimento de la sala, una decoración cuadrilonga tan sencilla como de buen gusto, divide en espacios simétricos la estancia, produciendo palcos principales y otros que podríamos llamar plateas, encerrados en un marco común. Delante de los palcos bajos corren unas graderías hasta el piso llano, limitadas por una barandilla que convierte en calle el ancho salon; de forma que principiando la visualidad por una sola figura al nivel de los que andan, termina, en progresión ascendente de figuras superpuestas, hasta la última grada de los palcos altos. El pavimento es de madera charolada: una línea central de trofeos, representativos de cada uno de los diez grupos de la Exposición, adorna el espacio sin estorbar la vista; entre los trofeos y las barandillas de las gradas hay una calle y una acera, cuyo desnivel lo cubre un arriate corrido de flores y plantas olo-

rosas. Toda la decoración es encarnada y oro; por un extremo de la nave se baja á ella, y en el otro está colocada la orquesta y el coro; en el centro de uno de los largos testeros, por último, se halla situado el sòlio, que en proporciones colosales y de inmensa grandeza ocupa una plataforma espaciosa, á la cual se asciende por gradas cubiertas de riquísimos tapices.

Diez y siete mil personas se hallan colocadas con comodidad en los compartimientos de esas localidades; mil doscientas constituyen la orquesta y el coro; dos mil próximamente es el número de los expositores y comisionados que forman pelotones de pié alrededor de cada grupo; los sirvientes, ordenanzas, directores y encargados de la seguridad, elevan el total de la concurrencia á veinte y dos mil personas poco mas ó menos.

A las dos de la tarde, colocados ya todos en sus puestos, penetran por los costados del trono el Emperador y la Emperatriz de los franceses, seguidos del Sultán de Constantinopla y de un cortejo de Reyes y Príncipes hasta diez y siete mas: los espectadores se ponen de pié con un vistosísimo movimiento de figuras y colores, y la orquesta rompe el primer acorde del himno que Rossini dedica al Emperador y al pueblo francés, con motivo de la Exposición universal. Los aplausos del público al triunfo del Monarca, que es dueño de aquel salon, que preside aquel pueblo, que atrae hácia sí aquel número de Reyes, que reúne en torno suyo aquel concurso y que provoca la composición de aquel himno, apagan los ecos de la orquesta con el eco del saludo universal. — El himno suena á música severa y noble, á melodía flexible y aromática, á combinación potente y hábil, como de la experimentada mano y del insigne ingenio de que procede; pero ¿quién puede juzgarlo en aquel momento? ¿quién percibe una sola sensación, cuando por todos los sentidos se encuentran perturbadas las potencias del alma?

Termina el himno con estruendoso batir de campanas y cañones por la parte exterior del edificio, en tan bien preparada como oportuna concurrencia, y los aplausos entonces se dedican al príncipe del arte, aun sin consideración á los príncipes del poder. — En seguida el primer ministro dirige al Emperador una breve reseña de lo que por sus órdenes se ha hecho, de lo que significa y lo que vale la Exposición Universal, así como de los fallos del Jurado con respecto á los premios de los expositores: todo lo que se dice es sabido ó adivinado allí. El Monarca en aquel momento se levanta y desarrolla el papel que tenía en la mano desde su entrada: no son los ministros quienes se lo dan; es él quien lo trae. El público se levanta también y prorrumpe en aclamaciones que suspenden por unos instantes el comienzo de la lectura. El discurso es de paz por lo que hace á la política, de libertad por lo que respecta á la industria y al comercio, de conciliación por lo tocante á la lucha de las naciones, de esperanza por lo que alude al triunfo de la moral y la justicia. Napoleon lee sin esforzarse, con una voz que perciben claramente veinte mil personas; cada párrafo produce una interrupción de adhesiones, cada período una manifestación de reconocimiento, el conjunto de la obra un victor entusiasta que parece tributado por la humanidad.

Y hay algo de la humanidad allí; pues en seguida los grupos del certámen, compuestos de los principales agraciados de todas las naciones de la tierra, precedidos de estandartes en que se consigna la especialidad que representa cada uno, comienzan á desenvolverse en procesión ordenada por la acera de que antes hemos hecho mención, hasta ir llegando á las gradas del trono, que cada uno de los escogidos asciende para recibir de manos del Emperador un premio de justicia, acompañado de una palabra de gracia que formulan los augustos labios. — Escena es esta completamente diversa de otras análogas antiguas: no son los hombres de todas las razas y de todas las lenguas los que vienen á depositar presentes y lisonjas á los piés del César; es el César, por el contrario quien los llama uno á uno para tributarles por sí mismo lisonjas y presentes en nombre de la justicia y del moderno derecho de las naciones. Los trajes diferentes, los rostros distintos, las desemejantes aposturas, y todos los signos exteriores de los que suben y bajan la escalera del trono, dicen con claridad perceptible que en aquella procesión se han amalgamado los elementos componentes de la vitalidad universal. No era necesario que un personaje proclamara en alta voz el nombre y el origen del que iba á recibir el premio: la simple vista bastaba para re-

conocer en cada uno la representación colectiva de todo el universo. Ni ya tampoco necesitan la ciencia y la virtud el paso de la tumba para ser reconocidas y ensalzadas; porque el mismo concurso, adelantándose en ocasiones al soberano que iba á premiar, acompañaba la ascension de un artista, de un militar, de un sacerdote, de un ingeniero ó de un simple mecánico, con sus bravos y sus palmadas, como ratificando el juicio del jurado y adhiriéndose á la benevolencia del Monarca.

Pasa la procesion; los emperadores, reyes y principes descenden al camino que ella acaba de recorrer, y á su vez lo recorren saludando y recibiendo los saludos del concurso. La orquesta entona mientras tanto los himnos nacionales de diversos países, comenzando por los de las reales familias allí representadas; y un grito general, un adios unísono que brota espontáneamente de todos los pechos agitados por emociones inexplicables y poderosas, despide al cortejo de soberanos y da por terminada una solemnidad, en que realmente no ha existido peripecia notable, ni lance extraordinario, ni hecho que maraville; pero solemnidad que con muda elocuencia, con imán misterioso, con irresistible atractivo ha embargado la imaginación de los que la presenciaban, desenvolviendo en su confusa fantasía un mundo nuevo de ilusiones, una generación extraña de pensamientos, una cadena de propósitos desconocidos hasta entonces, y lo que es más que nada, una satisfacción real y efectiva que induce á asegurar, como hoy aseguran cuantos la disfrutaron, que es la más honda, la más legítima y durable que han experimentado en su vida.

Nosotros que hemos detenido nuestra aparición al público por algunas horas para dar una idea aun cuando fuese, como lo es, muy pálida y vulgar de la fiesta de la industria, dedicaremos con mayor espacio un capítulo entero de nuestra CRÓNICA á desenvolver nuestros peculiares pensamientos en su presencia; adelantando hoy solo, la aseveración, que nos la arranca un profundo convencimiento de justicia, de que ella ha sido el espectáculo más grandioso y solemne de cuantos en el antiguo y nuevo mundo han dado los humanos.

TERMINA LA LISTA DE PREMIOS DE ESPAÑA.

Las recompensas otorgadas á los expositores españoles, no comprendidas en el número anterior de esta REVISTA, son como sigue:

MEDALLAS DE ORO.

Dirección general de obras públicas, por material y procedimientos de construcciones civiles; — Sociedad económica de Murcia, Sociedad industrial de Barcelona, Sociedad *La Providencia*, por cereales y otros productos harinosos; — el Instituto agrícola catalán y el Sr. Camps, por colecciones de frutos y legumbres; — los Sres. Poey y Alonso, por azúcares; — Montaner, Martory, Scholtz, hermanos, Diaz Ceballos y Avila, Ballester y Torres, Hidalgo y Verano, Respaldiza y Galindo, por vinos.

MEDALLAS DE PLATA.

D. Manuel Rivadeneira, por productos de imprenta y librería; — Contreras, Zuloaga é Instituto industrial, por aplicaciones del dibujo y de la plástica á las artes usuales; — Romero y Andía y Eslava, por instrumentos de música y ediciones musicales; — Gundlach, por la colección de historia natural de la isla de Cuba; — Maestre y Coello, por mapas; — la España Industrial, por tejidos de algodón; — Badía, por hilos y tejidos de lanas peinadas; — Gali, Santos y compañía, por paños; — Escuder, por sedas; — Fiter, de Barcelona, Margarit y Leonart y Cabañeros, por blondas, tules, bordados y pasamanería; — Nolla y Sagrera, por mosaicos; — Novella y compañía, por azulejos; — Cuerpo de ingenieros de minas, por mármoles; — Olivas, Rodríguez, Isabel, Berga y Perez Moreno, por cereales y otros productos harinosos; — Poey, Castelló, Esteve y Alerany y Prats, por legumbres y frutas; — Lopez Marie y compañía y Chaves, por chocolates y azúcares; — Baltasar y Coluli, Tomás, Boule, Camps, García y Meralda, Tomás, García, Perdigon, Pedrosa, Solferino y Esteve, por vinos; — Junta de Damas de honor y mérito, por la propagación de la enseñanza; — Carderera, por obras de educación; — Mas é hijos, por mobiliario para clases pobres; — y la Comisión provincial de Murcia, por maniqués.

MEDALLAS DE BRONCE.

Sres. Ridaura, Pasarez, Brutinel é hijos, Manterola, Botella, Laserna y Barajas, Capdevila y compañía, Romani y Masau, Olea, Diaz, Casasempere, Esper y Grau, Gisbert é hijo, Blanes y Blaser, Cervera y Martín y Peris, por objetos de escritorio, encuadernaciones y material para las artes de la pintura y del dibujo; — Martínez Hebert y Julia y García, por pruebas y aparatos de fotografía; —

Gonzalez, por instrumentos de música; — Chevalier hermanos, conde de Villalobos, Clausolles, Clausolles y Poulet y Pi y Masanés por aparatos é instrumentos de medicina y cirugía; — Presas, por cristalografía; — Pons y Rivas y Canela, por mobiliario; — Cifuentes y Pola por cristalería; — Pickmann, por porcelana; — Ballesteros, por papeles pintados; — Moratilla, por platería; — Isaura, por bronce; — Isaura y Lizarbe, por aparatos é instrumentos de calentar y alumbrar; — Mobellan, por perfumería; — Medina y Mas é hijo, por objetos de tafeletería, tornería y cestería; — Paul, Ricardo é hijo, Juncadella, Achon, Ferrer y compañía, Regordosa y compañía, Puig y Carsé y Bouvier hermanos, por hilos y tejidos de algodón; — Jaime Lado y la Sociedad de tejidos de lino de Rentería, por hilos y tejidos de lino y cáñamo; — Casanovas é hijo, Gorina é hijos, Tello y Finlat, Volta y Vive, por paños; — Garin, Gonzalez, Reig, Luis, Franchs, Grabaloso, Beneito y compañía y Santonja por sedas y tejidos de seda; — Viuda de Torres é hijo y el Hospicio de Cádiz, por pañuelos; — Prats y Palma por blondas, tules, bordados y pasamanería; — Llano y Wite, Ojeda, Diputación foral de Alava y Diaz Moraleta, por materiales de construcción; — Quintana y Ruiz, La Granja de Leon, Moran, Pellicer, Mora, Acosta, y la fábrica de San Vicente por cereales y otros productos harinosos; — Ustarroz por quesos; — Bernis por salchichones; — el ayuntamiento de Montánchez, y el de Avilés, por jamones; — Grund, Corro, Campos, Barcel, Vallier, Ocon, Solá, Prat y Sacristá, Trias, Hernandez Avila, Serrano, Boluper, Mayol y Quint Zaforteza, por legumbres y frutas; — La Dominica, Millan de García, Martínez, Guichard é hijo por dulces y azúcares; — Castellet, Soberano y compañía, Huillier, Moreno Masson, Blanco, Alarrás, Castell de Pons, Ruiz y Bernal, Casey hermanos, Bassols, Diaz Ceballos, Martínez, Gutierrez, Heredia, Velazquez, Rubio, Reyes, García, Buxeres, Soler, Domenech, Liu, y Rojas y hermanos, por vinos; — Illas y Figuerola, Morenilla, Avendaño y Carderera y Arabia por material y métodos de enseñanza para los niños; — Borrell, por métodos de dibujo; — comisión provincial de Burgos, Navarro, y Percanton, por muebles y vestidos baratos para las clases menos acomodadas; — Alvarez, por cinceladuras en hierro.

MENCIONES HONORÍFICAS.

Sres. Soler y Bernareggi, por instrumentos de música; — Montésinos y Velasco Gonzalez, por material para la enseñanza de las ciencias; — Marin, por figurines; — Fernandez Sierra, Ojeda y compañía, por alcazarras y ladrillos; — Stuyck y Tellot y Timplat, por obras de tapicería; — Morand, por relojería; — Cubero, Marin y Gispert, por objetos de tafeletería, tornería y cestería; — Gonzalez y Compañía, la Sociedad de Amigos del País de Murcia, Oliver, Marqués y Casalt, por hilos y tejidos de lino y de cáñamo; Solá y Sert, por tejidos de lana peinada; — J. Gorina, Brega, Hipo y compañía, Rodríguez é hijo, Amat, Sallares, Tarats y Socías, por paños; — Castells y Sola, por chales de lana; — Blas y Simon, Cameira, Nicolás Valteca, Girario, Granja de Fortionell, Etulain y Carraya, por cereales y otros productos harinosos; — Daza, por quesos; — el Instituto Agrícola Catalan y Vallarin, por jamones y tocino; — Solferino, Aloy, Fortuny, Lopez Monreal, Toribio, Casas y Diaz, Tapia, Doderó, Llanzá, Casas, Vivar, Gil y Bonas, Clemens, y Moreno, por legumbres y frutas; — Iribas, Barrenengoa, Valls, Bronisaria y Caturia, por chocolates, confituras y azúcares; — Doderó, Ondátegui, Sociedad vinícola de Madrid, Ramoneda, Villabuena, Navarro y compañía, Bayon, Trapero, Soler, Llobet, Lino de la Sierra, Miret, Oliver, Ribot, Fallérons, Arias, Palet, Baldasano, Bruce y Hamilton, Bartolomé, Rivas, Calvo, Labastida, Rosa, Cadafalsh, Cirat, Francisco, De Pedro y Rivas, por vinos; — Soriano Fuertes, Hernando, Bartinos, Ralero, Escuelas de ciegos y sordo-mudos, de Barcelona y Madrid, Sobrino é Iglesias é Iturzaeta, por material y métodos para la enseñanza de los niños; — Instituto de San Isidro, Caballero, Vazquez Queipo, Ramirez, los alumnos del Instituto industrial, Cadoner, Martinez, Grande y Hoffler y los del de San Isidro, García, Rodriguez y Sala, por bibliotecas y material de enseñanza dada á los adultos en la familia, en el taller ó en la corporación; — Diputación provincial de Navarra, por maniqués.

Hasta ahora, pues, los premios obtenidos por España en la Exposición universal de París son unas treinta medallas de oro, noventa de plata, doscientas veinte y cinco de bronce, y ciento ochenta y nueve menciones honoríficas: en resumen sobre quinientos treinta y cuatro premios. Y decimos hasta ahora, porque las clases 74 á 88 del concurso, que se refieren á los productos vivos de la agricultura y horticultura con todas sus incidencias, no se juzgan ni son recompensadas sino al término definitivo del certámen.

No respondemos absolutamente de la exactitud de todas las noticias anteriores, así como de no habernos podido equivocar en ningun pormenor de los apuntados; pues la confusión que hasta ahora reina en los documentos oficiales, que por breves horas hemos tenido á la vista, y la falta de uniformidad con que por lo común se presentan los datos cuando abrazan tan complicado número de orígenes, objetos é individuos como constituyen la Exposición, impiden que pueda responderse en un primer trabajo expositivo, de la rigurosa infalibilidad de las apreciaciones.

Con la calma necesaria más adelante, y después de compulsados y rectificadas los numerosos documentos de que hemos tenido que valernos, en angustioso plazo, para extractar la reseña antecedente, nos prometemos producir un estudio que no solo satisfaga la legítima vanidad de nuestros compatriotas agradecidos, sino que tienda á producir ventajas palpables en el orden de la comparación y deducción, que redunden en beneficio de la riqueza industrial y artística de España.

LAS CATACUMBAS.

En los momentos presentes en que la iglesia católica conmemora con la ostentacion digna del mas grande de los hechos del mundo, el décimo octavo siglo de la exaltacion de la fé cristiana sobre la tumba de los apóstoles, no carece de oportunidad el recuerdo de que en el parque de la Exposicion ha hecho construir el gobierno pontificio un facsímile de los subterráneos de Roma, donde padecieron martirio en el primer periodo de la cristiandad los venerables Pedro y Pablo, cimiento el uno y lengua el otro de la sacrosanta religion de los españoles.

Inútilmente han de buscarse en eselóbrego recinto las galas de la belleza artística ni los ornamentos del esplendor industrial de nuestro siglo. Al lado de la riqueza aglomerada en el Campo de Marte por todos los soberanos y pueblós del mundo, el Vicario de Jesucristo, el gran pontífice Pio IX, santo remate de una cadena que en santos principia y en santos media, ha querido mostrar

una construccion que hable solo á los ojos del alma, ya que tantas habian de figurar allí en perpétua lucha con los ojos del cuerpo. — «Si buscais (parece que ha dicho) historia del trabajo, ahí teneis la historia primitiva del mas fecundo de los trabajos; si buscais bellezas de conceptos y acciones heroicas, ahí teneis las acciones y bellezas de la vida y muerte de los mártires; si buscais la fuente de lo bueno, hé ahí su origen; si el fin de la humana existencia, hé ahí su término: sobre esas catacumbas nació mi silla, y bajo de ellas podeis sepultarme si se os antoja.»

Tales son al parecer las mudas palabras que el Jefe de la Iglesia pronuncia desde el frontispicio de esa informe y tétrica construccion, que París visita hoy con solemne curiosidad, y Roma consagra con estruendoso júbilo cristiano. Á aquel de nuestros lectores que exija mayor explicacion de la obra expuesta por el Papa, no pareciéndole bastante la breve que nos inspira su aspecto, le diremos que las catacumbas de Roma, ó no son nada para el que necesita descripciones, ó son infinito para el que abunda en sentimientos.



LAS CATACUMBAS DE ROMA.

CASA MOVIBLE.

Hace mucho tiempo que se habla de construcciones de hierro y madera, merced á las cuales podria llevarse la casa en un baul de viaje, como se lleva por ejemplo el neceser ó el paraguas. Unos se han mostrado incrédulos al anuncio de la invencion, y otros, que no podian dudar de ella, porque la invencion existe realizada hace ya años, presumian que el uso de esas habitaciones movibles habia de limitarse todo lo mas á la casa de un guardabosque, ú otros servicios de modesta utilidad é importancia. En España no tenemos noticia mas que de una persona que haya hecho traer una casa de campo del extranjero, y ella bastaria por sí sola para demostrar á todo el mundo la extension que ha tomado la industria de construcciones trasportables; pues nos referimos nada menos que al hermoso palacio que posee la Sra. Duquesa de Medinaceli en los montes de Guadarrama.

El edificio que ahora nos ocupa tiene proporciones mas senci-

llas: es una casa-habitacion de familia acomodada únicamente, y se ha levantado á la vista pública en el Campo de Marte, por su constructor, el Sr. Waaser, para anuncio de los talleres en que se fabrican pueblos enteros de estructura y aplicacion análogas — Sobre una plataforma de mampostería mas ó menos elevada y lujosa, segun las necesidades del local exijan, ó el capricho y recursos del dueño lo consientan, se desembala de los cajones y se arma, literalmente, el edificio, en términos de que despues no hay mas que habitarlo. Su aspecto es tan agradable y artístico como se ve, y su distribucion se compone de un vestíbulo general en la planta baja, ó si se quiere, en la planta primera; un salon, un despacho, un comedor y una sala de familia.

En el piso principal hay cuatro hermosos dormitorios; en el segundo ó sotabanco, un cuarto para huéspedes, y cuatro para criados; y por último, una azotea y un mirador. Toda la casa es de madera, como va dicho, y los engastes de sus piezas están hechos de tal modo que permitan colocar fácilmente un revestimiento interior y exterior de mosaicos ó azulejos que precaven la humedad, prestan consistencia á las paredes, y decoran la

fachada y habitaciones con el mayor gusto y elegancia. Las cubiertas superiores son de pizarra, lo cual unido al sistema de revestimiento que hemos indicado, preserva de accidentes de combustión el, al parecer, endeble edificio, tanto ó mas que las casas mejor acondicionadas contra los incendios.

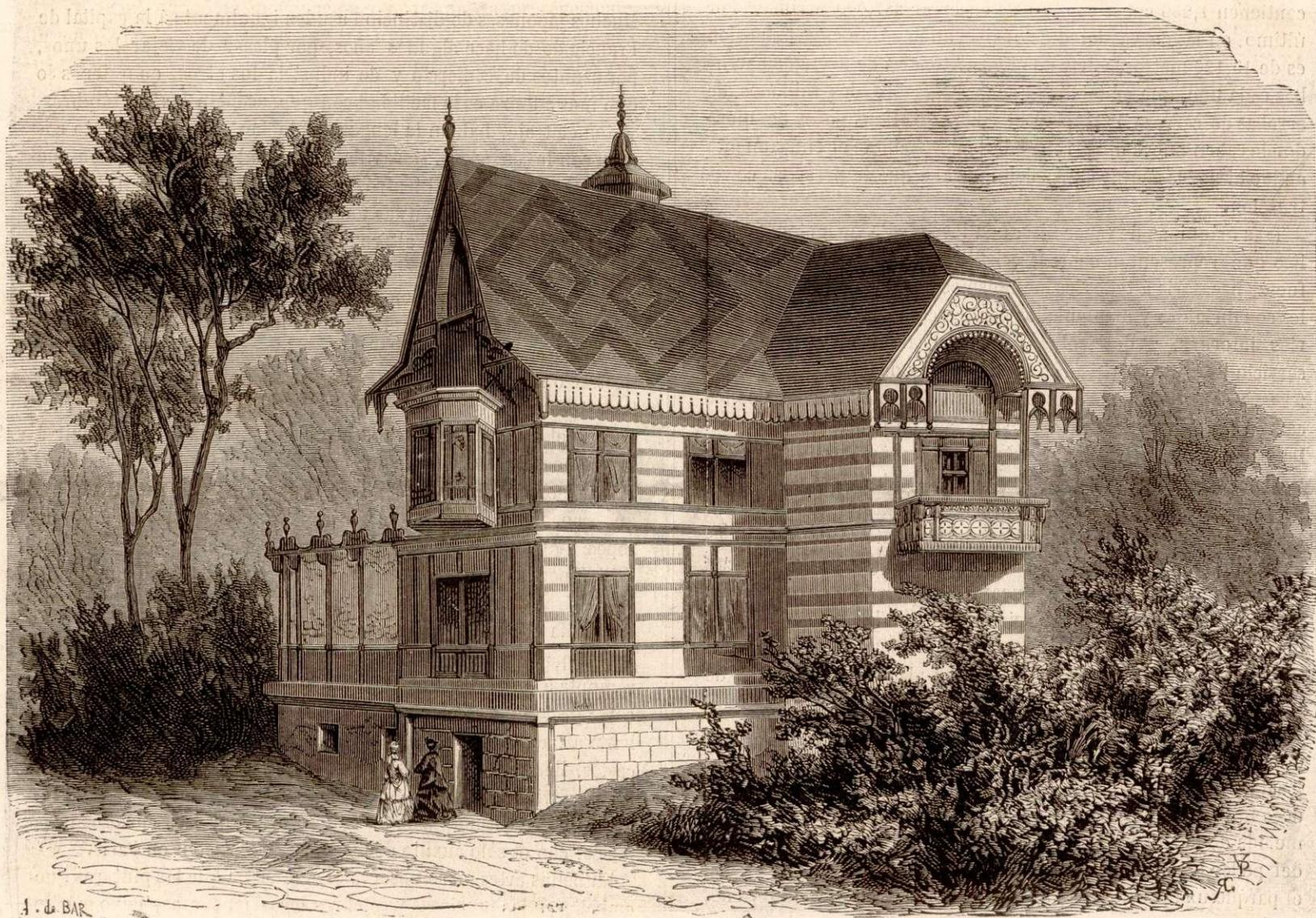
Inútil es decir que la movilidad de estas mansiones está garantizada por el procedimiento mismo con que se hacen, pues si al traerlas en cajones desde la fábrica para ser implantadas en el punto que su dueño desea, vienen en disposición de servir en seguida, no cabe ya duda de que con arte igual, y cuando al mismo se le antoje, puede bajarse desde la altura al llano ó huir de la vera del camino al interior del bosque, como caracol humano que con sus necesidades y sus caprichos lleva la casa á cuevas.

LA CERVEZA.

A nadie se le oculta que la cerveza, licor intermediario entre el agua y el vino, con propiedades mixtas para apagar la sed y ex-

citar la acción nerviosa de la inteligencia, con propiedades comunes para la salud y el recreo, para la sobriedad y para la gula, habria de ser un producto que se abriese paso cada día por entre nuevos pueblos y nuevas gentes, aumentando de un modo extraordinario su fabricación, su comercio y su consumo. Pero lo que pocos conocen sin duda, por mas que pueda cada cual figurarse la extensión y desarrollo de una industria común, es el verdadero estado actual de la producción de la cerveza, singularmente en los países de Alemania.

Nosotros sabíamos por experiencia de nuestra España que el uso de la cerveza se difundía con extraordinaria rapidez; sabíamos que millones de hectáreas de terreno se dedicaban al cultivo del lúpulo; que otra multitud de campos se aplicaban á producir la cebada mas propia para la confección de esa bebida; que se construían enormes fábricas de nueva planta y se mejoraban las antiguas con asombrosa actividad; que la maquinaria se desarrollaba á toda prisa multiplicando los elementos de producción, y por último, que el fácil contacto de las gentes, la actividad del comer-



CASA MOVIBLE, construida de madera.

cio y la sencillez y presteza de los transportes, contribuían unánimes al acrecentamiento de la industria que nos ocupa. Todo esto sabíamos, y sin embargo la exposición de cervezas y cervecerías que se verifica en el Campo de Marte, nos hace reconocer cuán ignorantes nos hallábamos del progreso de esa agua elevada á la categoría de vino, ó si se quiere de ese vino reducido á la condición de agua popular y bebida alimenticia. Prescindamos de la variedad de clases, especies y géneros que cada país adopta para el uso favorito de su cerveza; prescindamos también del espectáculo que la concurrencia á la Exposición dá todos los días consumiendo cantidades de líquido amargo, cuyos envases y carros de transporte embarazan á veces la vía pública, y cuyas tiendas de expendio se ven á centenares por donde quiera; prescindamos de todo esto, y fijémonos exclusivamente en la cervecería alemana de Dreher, que ella como la mayor que es de las que existen, nos dará idea bastante exacta de la extensión de esa industria singular.

En 1632 se estableció en un pueblito cerca de Viena la fábrica á que aludimos, cuyos productos se conservaron en proporción modesta cerca de dos siglos, sin que nadie pudiese sospechar que de tan larga y rutinaria incubación llegase á surgir hacia 1836 en manos de Herr Dreher uno de los establecimientos mas importantes del mundo. Este innovador de la cerveza comprendió como nadie el desarrollo de que era susceptible la fabricación; adivinó el gusto y las necesidades de las gentes que venían; y trasformando radicalmente las manipulaciones, clarificando y dando fuerza al licor, construyendo bodegas para encerrarlo, y empleando, en fin, métodos científicos como si se tratase de una cosa seria, que no lo era hasta entonces, acreditó el uso de la cerveza, abarató sus precios, generalizó el consumo, é hizo objeto de la especulación general aquel ramo de industria que entre otros muchos pasaba casi desapercibido.

Dreher ya no existe y por consiguiente las fábricas que llevan su nombre, así como la cerveza que se titula lo mismo, son un

tributo de la fama al reformador del género en Alemania; pero para dar idea de lo que es la industria de Dreher, nos ocuparemos solo de su fábrica primitiva, donde á estas horas están en ejercicio todos los adelantos del arte.

La cervecería comprende, con los talleres de preparacion de la cebada, una superficie de 86,400 metros, de la cual los 57,600 están abovedados. La preparacion de la cebada que se verifica durante el invierno, por ser la época mas adecuada para el caso, se ejerce cada dia sobre 1,844 fanegas de grano: para secar este, se emplean enjugadores de 2,160 metros de extension, y los almacenes donde se va recogiendo despues de seco pueden contener hasta 73,800 fanegas. La cebada preparada se trasporta con ayuda de máquinas á los molinos y al taller del cocimiento donde hay seis calderas, una sola de las cuales mide en superficie de cabidad 2,264 arrobas: las seis calderas producen, con el auxilio de máquinas tambien, 17,000 arrobas diarias de cerveza.

El enfriamiento de esta enorme masa de líquido, se verifica bajo tinglados de gran ventilacion, en veintitres estanques que ocupan una superficie de 2,000 metros. Los talleres de fermentacion contienen 1,236 cubas capaces de encerrar 237,000 arrobas. Por último, en las cuevas del edificio existe un depósito cuya extension es de 15,120 metros, y hay en él 4,317 toneles de 240 á 880 arrobas cada uno, que en totalidad encierran sobre dos millones de arrobas de cerveza lista para el comercio. Unos pozos de nieve donde caben nueve mil arrobas de hielo, facilitan el enfriamiento artificial de las cuevas á mas del natural á que se presta su construccion.

Tres máquinas de vapor fijas, una locomóvil y un motor hidráulico que representan ochenta caballos nominales, proveen de la fuerza necesaria á todos los mecanismos de la cervecería; los cuales son dirigidos y manipulados por trescientos cincuenta operarios internos, y doscientos cincuenta carreteros y mozos de servicio exterior. Verificanse los trasportes de la fábrica por vías ferradas que ponen en contacto el establecimiento con todos los caminos de hierro austriacos; y se calcula en cincuenta y seis millones de kilogramos el peso bruto que se trasporta cada año sobre las barras de hierro de la cervecería. Los establos y cuadras albergan, para el servicio de la fábrica, trescientas doce bestias entre caballos y bueyes: posee el establecimiento extensos campos de lúpulo, comarcas enteras de cebada, y un gasómetro especial para alimento de quinientas luces, que son las que de ordinario alumbran esta verdadera poblacion de una de las mas considerables industrias privadas que se conocen.

Tal es en cifras englobadas la magnitud de esa cervecería de Dreher, cuya produccion el año último se elevó á mas de tres millones de arrobas ó sea la décima sétima parte del consumo de cerveza del imperio austriaco: ignoramos los productos de tan colosal establecimiento, pero sabemos que en 1866 pagó al gobierno doce millones y medio de reales de contribucion, y esto nos da la medida de la suma de sus gastos y de sus ingresos. Como muestra del poder inconcebible de esa fábrica, su dueño ha construido en el parque una preciosa tienda de madera, donde al estilo vienés se sirven sus cervezas por bellísimas jóvenes húngaras, transilvanas, bohemias, moravias y silesianas, vestidas primorosamente al estilo de sus respectivos países, como representacion de los territorios donde se consume con preferencia la célebre cerveza de Herr Dreher.

PICADOR DE TABACO.

Los anglo-americanos que tantas novedades han exhibido en maquinaria, ofrecen una mas á la industria tabaquera. Consiste en una cuchilla circular que se mueve con tan veloz, preciso y variado mecanismo, como para hacer veintisiete clases de cortes diferentes, sacar doscientas cincuenta hebras por pulgada de hoja, y describir mil revoluciones por minuto. La máquina pesa treinta quintales, requiere una fuerza de cuatro caballos de vapor, y cuesta mil trescientos duros. Su trabajo ordinario es de seis mil libras de tabaco en diez horas. Aun cuando es invencion de poco tiempo, ya hay en ejercicio doscientos cincuenta ejemplares como el de que hablamos en las fábricas tabaqueras de los Estados-Unidos, á mas de otras maquinillas de menor potencia y ejecucion que se mueven á impulsos de la fuerza muscular, cuyo número es consi-

derable.— Si en España ha de seguir aun por mucho tiempo estancado el tabaco, convendria que el gobierno mandase estudiar con detencion la máquina picadora.

EXPOSICION JAPONESA.

De la misma manera que Egipto se ha propuesto recibir de Francia todas sus reformas y los elementos todos de su progreso, hasta un punto que induce á sospechar si dentro de algunos años será el Cairo un pequeño París, del mismo modo el Japon principia á buscar el protectorado civilizador de Francia, invadiendo su suelo, estudiando su idioma y recogiendo los materiales que un dia pueden comenzar la laboriosa tarea de convertir á la razon moderna al numeroso pueblo situado en las cercanías de la tierra de Van-Diemen.— Un hermano del mismo Taicoun se educa actualmente en París, rodeado de una corte verdaderamente oriental, que siendo sábia en su país, como debe suponerse, aspira en el centro de la Europa una sabiduría nueva, cuyos resultados se tocarán á un tiempo con la vuelta del príncipe y la de su comitiva. Muchos japoneses de distincion acuden igualmente á la capital de Francia desde hace algunos años, por placer de viajar los unos, por asuntos de comercio y de industria los otros, en quienes lo que mas admira es la facilidad con que aceptan las costumbres, visten el traje, hablan la lengua y adoptan relaciones y trato comun con los europeos. Maravilla ciertamente la distincion con que los japoneses asisten al teatro, la finura con que hablan, la delicadeza con que comen en las fondas de cocina mas complicada, y el aire natural con que alternan á un modo de vivir tan diverso del en que han nacido.

Mucha de la inmigracion japonesa actual, así como la abundancia de productos con que el Japon se ha presentado en París, se deben al señor conde de Montblanc, jóven distinguido y de gran ilustracion, que á una larga residencia en el país donde verificó los estudios que revela su reciente libro titulado *El Japon tal cual es*, une el noble propósito y la atrevida esperanza de contribuir á la regeneracion del imperio de Yamato. Ese jóven nos ha dicho, con una osadía de pensamiento casi exclusiva de la raza francesa, que á poco que él viva ha de ver á los japoneses vestidos á la europea.

El Japon no presenta mas de notable en la galería de la historia del trabajo que algunos ídolos y vasos religiosos, pertenecientes á la familia de los Kouguer, de donde proceden, segun la tradicion popular, los dioses creadores del país, cuya alcurnia se remonta á mayor fecha que la de los chinos. Es la coleccion tan corta y se muestra con tanta escasez de datos, que su exámen no basta á hacer comprender la variedad de gerarquías, familias y castas, llenas de nombres y apellidos seguidos unos de otros, en que se dividen las grandezas espiritual y temporal de aquella region. La Europa no puede por ahora penetrar esos curiosos misterios, con el solo auxilio de los datos que existen en París.

En bellas artes no se observa otra muestra que las pinturas que embellecen las preciosas y célebres lacas japonesas, cuyo mérito excede, sin duda alguna, á las mas ponderadas de la China. Tanto en las lacas como en los bordados, de que tambien presentan número y riqueza considerable, se observa que la pintura no ha ascendido de la esfera de las costumbres ordinarias á la categoria del simbolismo histórico, y mucho menos á la de los sentimientos morales: el fuego familiar, el baño, la comida, el paseo, son los únicos episodios de las pinturas japonesas, en las cuales debemos hacer notar que no figura nunca el hombre, sino damas y mujeres que sirven ó son servidas en el interior de sus aposentos y del retiro de sus casas. Un pequeño cuadro, bastante bien pintado, y que no carece de expresion, representa el amor maternal en una mujer del pueblo que se extasia contemplando á su hijo poco despues de soltar el pecho: este es el único rasgo que revela sentimientos delicados en lo que podemos llamar bellas artes del Japon. En estatuaria sí existe un arte rudimental simbólico, que se trasluce por pequeños ejemplares de guerreros, y hombres al parecer notables, afectando actitudes en consonancia con lo que se cree tipo de belleza en el país.

En instrumentos músicos es mas numerosa y mas vária tambien la exposicion japonesa. La guitarra y el arpa de cuerdas metálicas y extraña construccion, se hallan repetidas bajo diversas formas,

como indicando un uso general y comun: las primeras tienen líneas cuadrilongas y largos y estrechos mástiles; las segundas, participan por lo que se ve de las cualidades de la cítara y el violonchelo, pues pueden tocarse con la mano pulsando las cuerdas, ó tañerse con un arco semi-circular, como los de nuestros antiguos violones. Tanto estos instrumentos de cuerda como otros de viento y ruido, cuyo uso desconocemos completamente, han sido adquiridos por el museo de Kensington de Londres.

Poco ó nada han traído de su riquísima colección de minerales: algunas muestras de cristal de roca de extraordinario mérito, constituyen exclusivamente la materia de este grupo de exhibición; pero ni el renombrado cinabrio, ni el célebre kaolin, de que hacen sus porcelanas incomparables, han venido á París, no sabemos si por casualidad ó con deliberado propósito.

Los productos de la industria agrícola son también poco numerosos y notables: muchas clases de arroz, de guisantes, judías, setas negras, aceite de castor, ceras, algún trigo muy pequeño, té de varias clases, algodón, seda vegetal, azúcar y pieles, componen la colección agrícola usual. En otra sección más escogida muestran su seda de capullo, que, como es sabido, pasa por la primera del mundo; algunos cáñamos de limpieza y tersura extraordinarias; tabacos amarillos cuyos manojos de hebras parecen mechones de cabellos rubios, y una planta llamada kaddziyawa, de donde sacan el papel lustroso que vemos en los envases de aquella procedencia, planta muy semejante en sus hojas al antiguo papiro.

Inútil nos parece hablar de las porcelanas, porque todos las conocen y las admiran unánimemente, así como los trabajos en madera y laca, los bordados y tejidos de seda y los artículos de bronce esmaltado, cuya superioridad y belleza son proverbiales en Europa. Pero lo que sí juzgamos digno de señalar son algunas clases de muebles de maderas, y objetos de porcelana, que asombran aun comparados con los ya célebres por su mérito reconocido. Entre los primeros se ve una cajita-joyero que á lo más tendrá tres cuartas cúbicas de superficie, cubierta de incrustaciones y cinceladuras de una belleza singular, y construida con mecanismos y combinaciones secretas de gran ingenio mecánico, la cual está tasada en doscientos mil reales, sin que este precio parezca exagerado; ostentación que contrasta con la modestia ordinaria del traje japonés, cuyos adornos de mayor mérito son cordeles de cáñamo, lo mismo para los sacerdotes que para los nobles del mikado. Sin duda que esos estuches tienen algún destino religioso. Entre los muebles se distinguen palanquines trabajados con una delicadeza superior á todo encomio. Son de madera y laca y se parecen á las casitas que hacemos en Europa para los perros; están forrados de terciopelo y cubiertos de cordones de seda; unas rejillas, de seda también, á través de las cuales se puede escudriñar el interior y que deben servir de respiro á la persona que los ocupe, permiten reconocer las brillantes pinturas y delicados adornos que por dentro lo mismo que por fuera decoran estos caprichosos muebles, que parecen destinados más bien á transportar ídolos que personas. Hay además entre el mobiliario braseros exactamente iguales á los de España, y belones de cuatro mecheros que parecen fabricados en Andalucía. Las ollas y otros trastos de cocina son tan semejantes á los nuestros antiguos, que nadie podría desconocer en su presencia la genealogía oriental de las costumbres populares españolas.

Dos modelos de edificios llaman especialmente la atención en el departamento japonés: el uno es una pagoda y el otro una casita para trabajadores; porque también en el Japon se mira con cierta preferencia la morada de las clases laboriosas, como lo prueba el haber construido con gran aparato un templo y una choza, *maximum* y *minimum*, digámoslo así, de la arquitectura contemporánea, para enseñar á los europeos la casa de los dioses opulentos y el albergue de los pobres trabajadores.

Cuatro maniqués que representan reyes de la antigüedad, tres á caballo y uno á pié, ofrecen curiosos estudios de trages y costumbres. Los caballos están cubiertos de seda, los estribos son torcidos y largos para que descansen en ellos todo el pié; llevan los ginetes botas de laca, calzones de tisú y unas cotas tejidas con aceros, ballenas, laca y seda, capaces de resistir el golpe de cualquier arma blanca. En los cascos, que tienen la figura de una espuerta, véanse esculturas de monstruos y dragones, que sirven

para espantar á los enemigos; las armas son las flechas, una lanza y dos sables, y el signo de distinción de los Reyes, que no sabemos si simboliza el cetro ó el bastón de mando en campaña, es un palito dorado de cuyo extremo penden muchas cortaduras de papel, al modo de los mosquiteros que nuestro pueblo usa ordinariamente.

Tal es la fisonomía general de la exposición del imperio japonés, que si en sus pormenores es digna de observación y estudio, en su conjunto ofrece un golpe de vista tan pintoresco y rico como el que con la posible exactitud revela la lámina que aparece en seguida.

SIAM.

La exposición de Siam se diferencia poco de la del Japon. Un mismo orden de ideas, aun cuando menos importancia en riqueza, adorno y número de los objetos, amalgama en cierto modo la fisonomía industrial de ambos países, en los cuales se refleja á su vez el gusto pérsico y el chino en combinación apenas perceptible.

Preside la sección de Siam el retrato del Rey, cuya corona es una mezcla de casco y de birrete puntiagudo con orejeras: viste el monarca un chaleco cerrado cubierto de pedrería, y una túnica bordada con colores, en la que se destacan las insignias de la orden francesa de la legión de honor. La fisonomía del Rey es más ruda que la de chinos y japoneses, aun cuando menos asiática, ó por mejor decir, más europea.

Figuran en la Exposición casi en primer término los vasos para escupir el betel que constantemente mascan los habitantes de aquel país, y unos servicios microscópicos de té, que indican la frecuencia con que se usa la bebida por la exigüidad del continente. El nácar y el bronce constituyen los principales adornos de las vestiduras y muebles siameses, entre los cuales parecen ser de mayor aprecio, según el número y riqueza con que se exponen, los floreros, brazaletes y petacas de muy varias y caprichosas formas.

Muchos ídolos, muchas urnas, muchas cadenas de mandarin y estatuitas de bastante buena forma, representando á la vejez como recuerdo constante de que se ha de llegar á su estado, caracterizan la exhibición de este imperio. Si ha de juzgarse de un país por los objetos que escoge para enseñarlos con cierto orgullo á los extranjeros, el pueblo de Siam, ni es tan activo como el chino, ni tan industrioso como el japonés. Mascar pastas aromáticas opiadas, fumar tabaco, beber té, y recordar que la vejez se acerca, lo cual inspira pensamientos de extender hasta donde sea posible la juventud, son indicios de la existencia de una raza enervada por la molición, indiferentista en materias de espíritu, y entregada á los goces de una sensualidad grosera. Los siameses, en efecto, si hemos de juzgar por relaciones que de ellos se nos hacen, creen que las tres yerbas del té, el betel y el tabaco constituyen una felicidad bastante completa en el orden terrenal, cuyo digno fin es un elefante blanco que los conduzca al cielo después de la muerte.

Las esterillas con que adornan sus habitaciones son parecidas á los petates filipinos, y la decoración principal del mobiliario consiste en esmaltes de cobre. Algunos objetos de valor, sin embargo, exhibe el reino de Siam, tales como una taza evaluada en diez y siete mil reales, y unas cortinas bordadas al gusto chino, aun cuando con caracteres peculiares del país, que valen diez y ocho mil reales cada una.

Como primeras materias se distinguen el algodón y la seda, muy superiores: los tejidos de una y otra clase que nos presentan son bastante raros, porque en vez de superficies compactas y sobrecargadas como los otros pueblos orientales fabrican, ellos propenden al encaje y la randa, si bien con lineamentos poco delicados.—Buen café, tabaco parecido al igorrote de nuestras Filipinas, azufre, alguna avena negra y otros granos extraños que van á ensayarse, para ver de aclimatarlos en Europa, son los únicos productos dignos de especial mención.

Fuera de los dichos, Siam no conquista las miradas del público más que por la colección de instrumentos musicales, cuyo número, extrañas formas, colosales tamaños y novedad de mecanismos, atraen sobre sí el estudio de las personas entendidas, á la vez que la admiración de los curiosos. Estos instrumentos darán origen á algún trabajo especial que sobre los mismos, así como sus similares de Oriente, dedicaremos con el mayor gusto más adelante.

SIAM

JAPON



D. LAURELOT.



PABELLON DEL COMISARIO GENERAL DE LA EXPOSICION, inmediato al paseo cubierto donde se hallan las fondas y los cafés.

FÁBRICA DE CLAVOS.

El Sr. Wickriham, de Boston, hace funcionar diariamente en la galería de artes usuales una máquina que con el auxilio del vapor fabrica clavos de una sola vez, perfectos, afinados, y en condiciones fabulosas de precios. La máquina se distingue por sencillez, puesto que el cuchillo que reduce la plancha á clavos no tiene mas que tres movimientos. Estos se reproducen ciento sesenta veces por segundo, lo cual da por término medio en diez horas cuatro mil y quinientas libras de clavos de todas clases, desde la tachuela para el calzado hasta la pernería de buques. Una incision de doble T que produce por ambos bordes de la plancha la figura del clavo, sin pérdida ninguna de masa férrea, proporciona la simplicidad de la elaboracion y la baratura del producto. Los clavos que regala el inventor se convierten en plancha perfecta, colocándolos entre los dedos en alternativa posicion de cabeza y punta, lo cual explica mejor que nada todo el mecanismo del corte.

No quisiéramos hablar de los productos probables de esa sencilla máquina, por temor de atraernos la burla de nuestros lectores: baste indicar que si los precios corrientes hoy de la clavaion no variáran, como variarán en seguida, pocos meses serian bastantes para realizar una fortuna de cuarenta mil duros con uno solo de esos aparatos anglo-americanos.

ALHAJAS DE MADERA.

El roble es el árbol privilegiado de la industria: empléase como elemento de fuerza en las máquinas, como elemento de seguridad en la construccion, como elemento de belleza en el mobiliario, y ahora como elemento de adorno en la joyería. — Los irlandeses hacen preciosos diges de roble, cuya visualidad es tan extraña como graciosa; botonaduras, alfileres, pulseras, collares, aderezos, todo lo que hasta el dia ha sido patrimonio de los metales finos ú ordinarios, se fabrica hoy de madera de roble con un gusto exquisito por el irlandés Sr. Coggin. El uso de esta nueva quincaillería no ha de limitarse como parece á las personas pobres, pues si bien hay alfiler muy lindo que cuesta una peseta, tambien hay aderezo de señora que vale dos mil reales. Los ingleses comienzan á usar adornos de roble para trajes de luto en sustitucion de azabaches y demás pastas esmaltadas; porque ciertamente es mas severo y noble el engarce de madera, que el de las materias con que hasta el presente se construian los adornos de trages de duelo.

MÁQUINA DE REMAR.

Hace ya años que en el estanque del *Palais Royal*, célebre sitio de concurrencia para los extranjeros en París, sirve por las tardes de entretenimiento á curiosos de todas edades una lanchita como de un pié de largo, en la cual se pasea una señora-muñeca conducida por el remero mas elegante, trabajador y diminuto que jamás ha surcado las aguas. El movimiento de los brazos y el de las palas del conductor es tan natural, que la ilusion se hace completa respecto á la vida de aquellos liliputienses de carton. Dicho se está que un mecanismo de relojería oculto en la barca, mueve los brazos del remero en direccion de la corriente, como si á sus esfuerzos se debiera el animado curso de la nave.

Pues bien: el juego del Palacio Real se ha convertido en recurso de locomocion marítima para uso de las pequeñas embarcaciones de los rios y las costas. El Sr. Farcot, renombrado ingeniero francés, autor de los generadores que dan movimiento á las máquinas del palacio, ha inventado un mecanismo para sustituir la fuerza muscular de los remeros con la material de los resortes; y á la puerta misma de la Exposicion las lanchas se mueven casi por sí solas en gracia de este aparato, con no poco regocijo de los aficionados á recreos fluviales, así como de los que ejercen pequeñas industrias marítimas. El invento de que hablamos no tiene su importancia como idea locomóvil, pues ya los botes y las lanchas se movian á impulsos del vapor, fuese cualquiera su tamaño: la importancia está en la sencillez del mecanismo y en la baratura del aparato.

A mas de que la adquisicion de una maquina de vapor era relativamente costosa, necesitaba ocupar un espacio considerable de la nave, producía un calor excesivo en el verano, su uso era poco

limpio, exigía alimentacion de combustible y agua, y demandaba cuidados incesantes; tanto mas embarazoso todo ello cuanto la embarcación fuese mas chica. El aparato Farcot evita todos esos inconvenientes y generaliza por lo mismo el uso de la impulsión mecánica que hasta ahora no estaba al alcance de los pobres. Es un procedimiento por medio del cual los remos se mueven solos con la fuerza necesaria y direccion conveniente, sin mas que un leve impulso de adelante hácia atrás que puede ejercer un muchacho hasta para la accion de cuatro remos. Lo mas útil de la idea consiste en que el manipulante mira siempre á proa, como inútilmente se deseaba en esta clase de navegacion; que el peso total del aparato no excede de doce libras, y que el precio de una canoa para dos remeros, provista de los útiles necesarios, no pasa de cuarenta duros.

MOTORES ELÉCTRICOS.

Los hombres de la ciencia y de la industria esperaban saludar este año en París al nuevo agente del movimiento que con tanta ánsia es esperado en el mundo; pero ni los grandes premios ofrecidos, ni las enormes ganancias que este ha de proporcionar al que lo descubra, tuvieron hasta ahora fuerza bastante para arrancar del embrion donde duermen los secretos de la naturaleza, al deseado rival del agua evaporada. Sigue, pues, reinando el vapor este año como los anteriores, y solo conatos de lucha se observan en el Campo de Marte, á pesar de ser muchos los que se proponian obtener la victoria en su recinto.

La electricidad, como fuerza motriz, adolece en el dia de lo que la electricidad como iluminacion: de fijeza y baratura. Los faros eléctricos alumbran y las máquinas electrizadas se mueven; pero ni la luz es adaptable todavía al uso comun de las iluminaciones, ni el movimiento ha recibido la aplicacion industrial que ha de preceder á su empleo como fuerza para el transporte. Parece que el asunto depende de un cabello, segun lo sutil que se presenta á la fantasia, y sin embargo el cabello es tan duro que nadie consiguiera romperlo siendo tantos y tan sábios los que lo intentan.

Hacemos estas explicaciones negativas, para satisfacer la curiosidad de muchos que nos preguntan con insistencia loable cuáles son los adelantos de la electricidad como motor: nosotros no los vemos en ninguna parte. Algunas máquinas, y sobre todas una de coser, trabajan en el palacio por la accion de la electricidad con desembarazo y sencillez de mecanismo; pero ni aplicaciones en grande escala, ni muestras de baratura se observan hasta ahora, como habia cierto derecho á presumir de los anuncios y cálculos extendidos anticipadamente. El mismo industrial que cose con el motor eléctrico, dice que no puede soportar el coste de la materia impulsiva.

El gas y el aire caliente que acompañan á la electricidad en su afanosa tarea de producir movimiento, parece como que cuentan con mayores probabilidades de conseguir un resultado próximo: sus aplicaciones, si bien no han adelantado mucho, tampoco pierden el terreno que tenian adquirido en 1862; y debe confiarse en que, siendo ya tres los agentes á quienes se confia la sustitucion del vapor, cuyas circunstancias especiales embarazan su uso como nadie ignora, no tardará en aparecer ese *desideratum* de la industria moderna, que reemplaza hoy con exceso en punto á meditaciones y estudios á la piedra filosofal de los alquimistas de la Edad media.

ORDEÑADOR MECÁNICO.

Ya no hay necesidad de ordeñar las vacas, las cabras ni las ovejas; ellas se ordeñan por sí mismas. El sistema de extraccion de la leche á mano, único que se ha conocido hasta ahora, ofrecía inconvenientes de consideracion: no siempre se hallaban personas que supiesen templar su fuerza muscular ni que sustituyesen á los buenos ordeñadores; y aun con estos mismos los animales solian extrañar la mano y enfermar de la ubre ó del pezon, ya que no retirar la leche ó precipitar su vejez por las molestias del ordeñamiento. Todos estos inconvenientes se evitan con la invencion del Sr. Lirebardon de París, quien con un aparato de plata que solo cuesta ocho francos, hace que la leche se filtre por los pezones á que el instrumento se adhiere, y deje vacías las ubres sin producir al animal molestia alguna.

Aun cuando las experiencias se hacen todos los dias á la vista del público en Billancourt, treinta reales son poca cosa para los que duden de la eficacia del invento, y merece la pena de que lo ensayen los ganaderos y queseros de nuestro pais.

CONCLUYE LA REVISTA GASTRONÓMICA.

Quedámonos el otro día descansando en el café Español del señor Quevedo, viendo á los ingleses tomar el chocolate de la fábrica riojana de Málaga, y á los españoles el arroz, el bacalao y los huevos revueltos, que constituyen la especialidad de la fonda de nuestro país. No hay sino dar un paso desde ese sitio, y se tropieza con la hostería Suiza, donde una muchacha frisona que viste falda de seda negra y corpiño de terciopelo con botones, cadenas y hombreras de plata, sirve á los concurrentes un salchichon parecido al salame de hígado de Sicilia y una cerveza ginebrina de aromático sabor. Junto á la hostería hay una tienda tambien suiza en que se venden bollos y flores; con mas un anisete blanco de mayor fuerza que el de Burdeos.

Seguidamente se tropieza con la gran exposicion agrícola alimenticia de Austria. Los austriacos no han querido relegar como los españoles la riqueza imponderable de sus campos, á los oscuros y estrechos límites de un pabellon distante del palacio de la Industria. No contentos como nosotros con el reducido local que se les señalaba en él, aceptaron, como nosotros tambien, una parte del recinto exterior del edificio; pero en vez de cederlo para café ó fonda, que es lo que nosotros hemos hecho, lo ocuparon con su exposicion alimenticia, que luce de este modo tanto ó mas que si se hallase instalada en la galería correspondiente. Allí se exhibe el poder productor del imperio en toda su lozanía, y muy señaladamente el admirable de la provincia húngara. No en balde sostienen los magyares con tenaz insistencia los fueros hasta ahora violados de su autonomía: el pueblo que muele en las piedras de Pesth, de Buda y de Miskole, por término medio cada año dos mil y quinientos millones de kilogramos de harina; que recoge en Balch, en Temovar y otras comarcas mas de diez y siete mil millones de hectólitros de trigo; que cosecha en la Transilvania cuarenta millones de kilogramos de sedoso cáñamo, y que corta quince millones de kilogramos de vellon á los doce millones de ovejas que pastan en sus prados, tiene indudablemente derecho, fuera de otras consideraciones públicas que no son del momento, á existir por sí propio en la vida de las naciones, y no confundir tan superior riqueza entre las muchedumbres de un imperio prestado.—No queremos dejar pasar esta ocasion sin decir, para que se conozca el inmenso adelanto de la produccion de la lana húngara, que uno de los propietarios mas ricos del país, el príncipe de Lichnowski, ha vendido al baron Sina algunos carneros sementales de su cabaña, en la enorme cifra de cuatro mil quinientos duros cada uno. Citamos nombres propios para añadir condiciones de veracidad á nuestras siempre verídicas palabras. Los padres de estos carneros eran españoles hace un siglo.

No hemos de detenernos, por ser impropio del lugar, en recorrer la produccion del tabaco de Austria, la de vinos, harto célebre en el mundo todo; la de frutas y conservas, cervezas y licores, mantecas y pastas, de exquisita elaboracion y calidad todo ello, y nos correremos al café de Hungría, situado á la vuelta de la exposicion agrícola, donde no se sirve de otra cosa que salchichas y bollos con doradas cervezas de pura raza alemana.

La Comisaría régia de varios Estados de Alemania separa al café húngaro de la fonda de Munich; establecimiento notable por sus adornos de escudos y de flores, por las barricas doradas que contienen la célebre cerveza bávara, servida allí á torrentes por demanda universal con delicados *sandwiches*, y pastas secas de harina.

Mas allá se ve un almacen de vinos y de dulces de Viena, que es sucursal del gran depósito antes dicho, aun cuando mas escogido y bello por la forma de exhibicion; y siguen otras cervecerías de raza anglo-sajona, entre las cuales descuella una bávara donde se gusta el licor negro de lúpulo y cebada mas renombrado, en magníficos divanes coronados de flores y bancos de maderas esculpidas; servido por lindas muchachas de elegante atavío, cuyas cotillas plateadas se distinguen por la superposicion de unos cordones al modo que los usan los ayudantes de campo de nuestros generales. En estas cervecerías es notable un sabroso pan negro que se sirve para excitar el apetito de la sed.

Saliendo de Baviera se entra en Prusia, que en esto como en

todo nos ofrece una magnífica exposicion justificante de sus triunfos guerreros y diplomáticos. No se tome á paradoja nuestra idea: los pueblos que se presentan como Prusia en el certámen industrial y artístico de 1867, tienen un noventa por ciento adelantado para ganar batallas de Sudowa.—Un lujoso depósito de chocolate, pastas y conservas, otro de fideos y géneros llamados coloniales, dulces y pastillas; una azucarería de remolacha donde se distinguen todas las clases, desde la mas grosera hasta la mas superfinia fabricacion; tres tabaquerías ostentosas provistas de toda especie de tabaco, que si en su calidad es endeble como europeo, en elaboracion está muy por encima de todos los coloniales; varias botellerías señaladas por la figura, colores y caprichosa disposicion de los envases de cervezas y vinos, y por último un *restaurant* prusiano con tribunas doradas para la música, cuya distincion especial consiste en la riqueza del mobiliario y galantería y esmerado porte de los sirvientes, que visten de etiqueta, completan la vistosa seccion del nuevo imperio del Norte, sobre el que hoy afluyen en todos sentidos las miradas de la Europa.

Hacen esquina á una de las entradas del Palacio, el término de la instalacion prusiana y el principio de la belga. Dos gabinetes para los Monarcas respectivos forman, pues, contraste en ambos recodos de la calle, porque ambos revelan en su adorno el carácter especial de los pueblos y huéspedes á que se destinan. Severo y grave el prusiano como grave y severo iba á ser el Monarca militar que lo ocupara, y risueño y dulce el segundo como la juventud del Rey paisano de los belgas que iba á descansar en él, exigia, cualquiera puede decir sin letrado ni guion que se lo indique, dónde acaba la Prusia invasora y altanera, y dónde comienza la Bélgica industriosa y modesta de aspiraciones.

Al lado de la sala del Rey Leopoldo se halla situada la oficina flamenca, y á seguida un fielato de consumos, un hospital de socorros y servicio médico, un juzgado de paz, un puesto de policía y otro de bomberos. Los escasos atractivos de estas dependencias fiscales, y protectoras de desgracias, impulsan al curioso á aligerar el paso para recrearse en el café Holandés, compuesto de verdes casitas tapizadas de yedra y flores en su exterior, y adornadas por dentro con escudos y cifras de aspecto singular; cuyo agradable conjunto lo completan unas mujeres rubias vestidas á la usanza que ya retratamos otra vez al hablar de la lechería de los Países Bajos, con trajes sencillos de aldeanas y cascos de laton dorado en la cabeza, de donde penden arracadas vistosas que cuelgan de las sienas.

Éntrase á seguida en las tiendas francesas, y Francia es ya la que ocupa todo el espacio hasta cerrar el círculo y terminar nuestro paseo. Comiéncese por las colonias argelinas y por los bazares de los moros Ben Saadoun y Mustafá Raiato. El primero de estos árabes es jóven y buen mozo, viste con elegante sencillez, habla francés con correccion y soltura, y es atento y cariñoso con las damas: descúbrese en él la mezcla de ideas indígenas y francesas. Raiato, por el contrario, es hombre de edad provecta, grave y sentencioso, y parece como que quiere conservar su traje, sus hábitos y costumbres, cual si los franceses no hubiesen asaltado todavía las murallas de Mascara y de Constantina. Venden ambos armas blancas y de fuego, telas de varias clases, gorros, pipas, bandejas, servicios de café, joyas, diges perfumados, y la celebrada esencia de rosa que se fabrica desde Trípoli hasta Tafi-lete: la joyería es de filigrana en su mayor parte, y predominan en ella los corales segun la moda del país de su procedencia. Los moros despachan constantemente multitud de objetos, cuyo valor no pasa de dos ó tres francos cada pieza.

Un café marroquí sirve á bajo precio despues, sobre dos mesitas de azulejos de barro, millares de tazas de un betun que nuestro paladar ha rechazado por instinto. Quizás será muy bueno, pero la costumbre oriental de meter el sirviente uno de sus dedos en la taza del parroquiano para poder servir muchas de una vez, críspala ordinariamente los nervios del que lo observa.

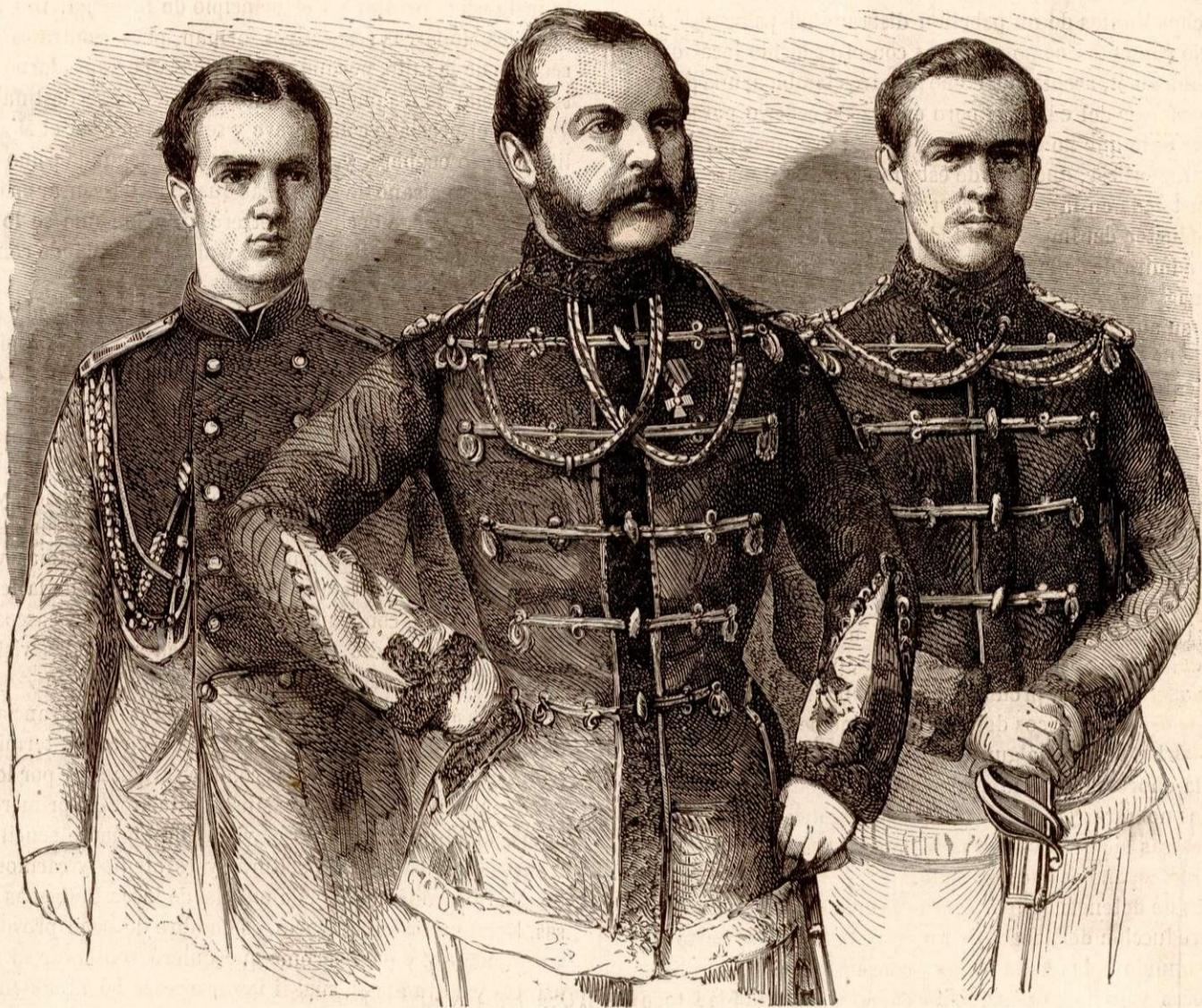
Junto á esas nuevas colonias de África, ha expuesto un francés, por cuenta propia, productos muy estimables de las colonias americanas. La Reunion, la Martinica, Guadalupe y la Guyana han provisto al industrial de riquísima vainilla, cocos, cañas de azúcar, dulces, encurtidos, especería y licores aromáticos. Véndense allí al menudeo, á mas de la guayaba, el plátano y otras frutas tropicales, el caraiibe de Guadalupe, que es un tubérculo muy sa-

broso, cacahuets enteramente iguales á los de Valencia, lo cual prueba que estos no han degenerado, y una especie de bellota que por dentro tiene color y forma semejantes á los de la nuez, solo que su gusto es mas fuerte que el de la fruta de nuestros nogales. La tiendecilla colonial francesa está generalizando en París el uso de muchos frutos desconocidos casi hasta ahora, pero que en adelante serán objeto de especulacion.

Un poco mas allá se exhibe el modelo de una carnicería; modelo de que nadie debia tomar mayores apuntes que los españoles, para regenerar á la francesa, ó por mejor decir, á la moda de todos los países pulcros, los por lo comun asquerosos despachos de nuestras carnes. Las mesas, los tajos, las básculas, los garfios, pesos, cuchillos y sierras, son de acero plateado, y á su esmerada construccion reunen un precio que no excede del que costaban antes los mismos instrumentos engendradores de la suciedad y el moho. No se vende allí carne porque nadie habria que la comprara; pero se exhibe con muda elocuencia, como hemos dicho, la guia práctica de carniceros y abastecedores.

A la carnicería sigue una tienda de cepillos bien surtida, que no deja de ser de circunstancias, pues en ella pueden proveerse los transeuntes de objetos útiles para su casa, que á la vez lo son de limpieza provisional para el momento. Sirve esta tienda de ingreso á un vasto local, donde sesenta expositores franceses muestran producciones alimenticias de grande importancia popular, por ser las mas de ellas féculas y harinas destinadas á sopa, extraídas de sabrosos frutos de todas partes para dar variedad y gusto á la alimentacion; entre ellas se destaca en primer término la sémola de guisantes, obtenida al vapor, cuyo precio no pasa de veinte cuartos el kilógramo, ó lo que es lo mismo, una racion de sopa por un maravedí. Uno solo de estos expositores ha expedido en 1866 cuatro mil cajas de féculas económicas para los estados americanos del Pacífico.

Vienen detrás unatabaquería, un salon de barbero y peluquero, un juego de billar, un escritorio público, un cambista de monedas y una panadería, sobre cuyos usos no tenemos que decir ni una palabra. Estos establecimientos dan paso tambien á otro lo-



ALEJANDRO II DE RUSIA Y SUS HIJOS.

cal de exposicion francesa, donde se exhiben frutos alimenticios de otro órden diverso que el anterior, tales como vinos y licores, conservas, encurtidos, mostazas y mil productos mas de especie análoga, cuya novedad, despues de la baratura, consiste en haberse suprimido en ellos los envases metálicos que perjudicaban considerablemente muchas de las sustancias que contenian.

Hay mas allá un despacho de almuerzos y comidas frias, en el que predominan los embutidos y embuchados justamente célebres de Francia; una pastelería surtida con profusion asombrosa, donde cada uno se sirve por sí mismo aquello que mas le cuadra, sin que los precios sean exagerados, y por último, á la vuelta de algunas otras tiendas en que se repiten los servicios personales y de aseo que ya hemos enumerado anteriormente, se hallan establecidas tres grandes fondas de París, capaces por sí solas de dar de comer en poco tiempo á la mayor parte de los concurrentes de una tarde. En ellas se simboliza el clasicismo del arte cisoria francés: distingúense por su abundancia, por el buen gusto en el servicio, por la forma en la colocacion de los manjares y por ese signo

especial de primorosa coquetería con que París y la Francia entera saben hacer del comedor el punto privilegiado de la vida cómoda y fastuosa. Esas fondas constituyen una exposicion animada de las costumbres elegantes que predominan en Francia, desde que se discutieron y aprobaron las bases de la mesa en las célebres cenas del Regente.

Tales son, á vista de curioso entrometido, los establecimientos de solaz y reposo que las naciones han presentado, á manera de posadas, para recreo de nacionales y hospedería de extranjeros.

Resumiendo ahora cuanto llevamos dicho en este paseo de media legua por ante comidas y bebidas de todas partes, podríamos establecer la fórmula siguiente:—Si el que visita el interior del palacio de la Industria domina con su mirada al mundo entero, el que recorra su galería exterior puede decir que ha realizado prácticamente, con todas sus peripecias y lances característicos, un viaje de circunvalacion al rededor de la tierra.

LOS MONARCAS DE LA EXPOSICION.

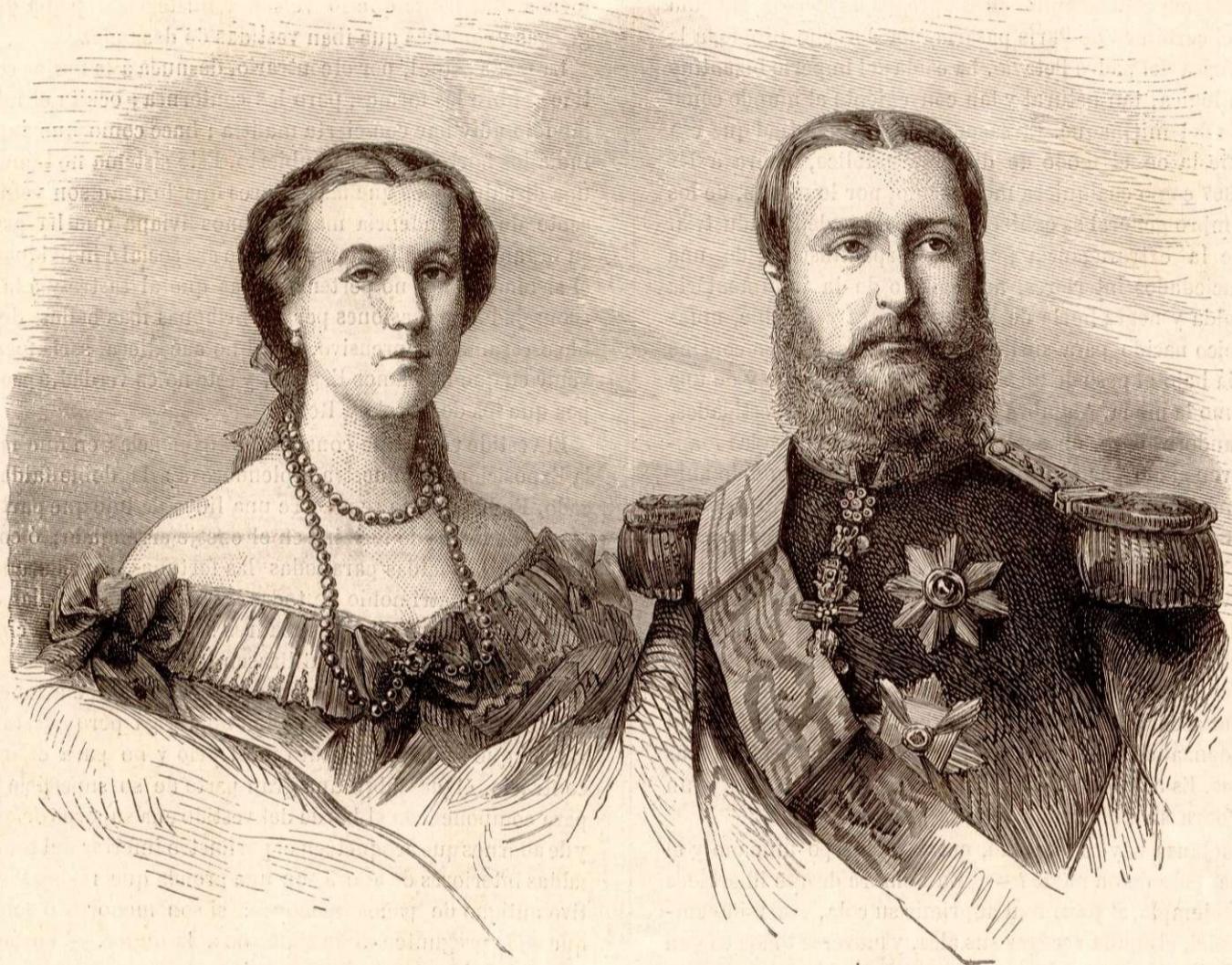
El natural interés que despierta en el público la visita de tantos emperadores, reyes y príncipes á la capital de Francia con motivo de la Exposicion universal, nos induce á tener por parte del concurso esa pacífica reunion de soberanos, y á mostrar sus personalidades como objetos componentes del gran certámen de las naciones.

Alejandro II de Rusia, hijo del emperador Nicolás á quien sorprendió la muerte en los empeños de la guerra de Crimea, subió al trono en 2 de marzo de 1855, habiendo nacido en 17 de abril de 1818: va, pues, á cumplir próximamente cincuenta años. Dotado de una hermosa figura, aun cuando exenta casi por completo de movilidad y expresion, parece hombre á quien embargan profundos pensamientos, ó sobre el que pesan abrumadoras y constantes responsabilidades. El acto mas culminante hasta ahora de

su vida pública, es la emancipacion de los siervos rusos. Hay quien sospecha si este primer paso de su reinado, será parte de un plan mas ó menos extenso sobre organizacion de los vastos dominios que en nombre de una tradicion especial gobierna: ello es que el mundo lo mira con prevenciones de diversa índole, si bien las prendas personales que adornan al Czar lo hacen respetable y respetado generalmente.

Los dos hijos mayores que le acompañaban á Paris son el heredero del trono que cuenta ahora veinte y dos años, y el príncipe Wladimiro que acaba de cumplir veinte. El primero participa no poco, á lo que se dice, de las dotes características de su padre, mientras que el segundo es franco y expansivo como quien no necesita rodearse de condiciones históricas.

El rey Guillermo I de Prusia nació el 22 de marzo de 1797, y ha cumplido por consiguiente setenta años. Este monarca que ha pasado la mayor parte de su vida en una oscuridad régia, subió al trono en 2 de enero de 1861 por muerte de su hermano Federico Guillermo IV, de quien era regente cuatro años hacia. La importancia de su gobierno en el breve plazo que lleva de reinar,



LEOPOLDO II DE BÉLGICA Y SU ESPOSA MARÍA ANA DE AUSTRIA.

y sus dotes políticas y guerreras, son harto conocidas de todos para que consideremos necesario detenernos en su exámen.

Los que rodean al monarca de Prusia aseguran, sin embargo, como contraste de la vida oficial, que Guillermo I es un hombre amabilísimo, de franca expresion, de trato cortés y agradable, como esos ancianos de viril contestura á quienes una vida cómoda y dichosa permiten parecer jóvenes.

Leopoldo II, de Bélgica, es verdaderamente un joven, digno heredero del nombre de su padre. Nacido el 9 de abril de 1835, y casado á los diez y ocho años con la princesa María Ana de Austria, que vió la luz el 23 de agosto de 1836, constituyen ambos un matrimonio de edad análoga, de belleza semejante y de vida y reinado al parecer feliz. Lo poco que ocupan estos príncipes al mundo político y los frecuentes viajes que verifican por Europa, prueban mejor que nada el uso constitucional que hacen del poder, así como los elementos de orden y prosperidad que el ilustre Leopoldo I dejó en el pequeño reino de Bélgica. Los que han tratado á estos reyes en París se muestran encantados de su talento, de su modestia y de su bondad.

MODAS.

Con decir que en el concurso de 1867 hay dedicado uno de los diez grupos del certámen á exhibir únicamente el traje de la figura humana, se habrá dicho que hay modas en la Exposicion. No era verosímil en los tiempos que alcanzamos considerar el traje como la cubierta del cuerpo, desentendiéndose de su calidad compañera el adorno; y ya que el adorno no sea el que constituya el exclusivo objeto de los expositores de ese grupo, como ellos indudablemente hubieran deseado, confesemos que la mayor parte pensaron en la moda antes que en la vestimenta, y dieron á las cuestiones de la forma una preferencia ostensible sobre las del fondo.

Ni podia ser de otra manera; pues hoy que la moda se enseorea del comedor y del gabinete, de la alcoba y del despacho; hoy que dicta firmanes sobre el modo de pensar lo mismo que sobre el modo de vivir; hoy que hay modas políticas y religiosas y sociales, ni mas ni menos que si las especulaciones del orden mo-

ral se hallasen sujetas al cartabon del zapatero ó la medida del sastre, hubiera sido absurdo que los *modistas* de ambos sexos, iniciadores por derecho natural y propio de los caprichos del traje humano, se hubiesen retraído en su perpétua tarea de contornear á su gusto la estatuaria semoviente de nuestras calles y salones. — Hay, en efecto, modas en la Exposicion, y modas decisivas que señalan un nuevo derrotero en el camino de las extravagancias y bellezas de hombres y mujeres: hay modas que corresponden á la esfera del arte, modas que pertenecen á la esfera de los sentidos, modas que hablan al progreso industrial, y modas que entran de rondon en el terreno, al parecer abstracto, de la filosofía. Examinemos brevemente la síntesis de la galería de trajes, y ella nos conducirá á la tésis de la moda de la Exposicion. Este estudio no es enfadoso ni inútil: considerarlo así, equivaldría á creer que los humanos estaban mejor en cueros que vestidos.

Lo que salta á la vista primeramente en el exámen de los trajes femeninos (pues siempre los atavíos de la mujer se destacan sobre los del hombre) es la caída, destierro y extrañacion perpétua del miriñaque. Si la Exposicion universal de 1867 no dejara en sus fastos mas que el exterminio de esa prenda asquerosa, ridícula y absurda, el certámen de París pasaria, por derecho propio, á la lista cronológica del padre Petavio. La caída del imperio bizantino no seria tan lógica, tan natural y tan conveniente al mundo como lo es la caída del miriñaque. El sacudimiento intelectual que esa caída manifiesta en el modo de discurrir público, honra á las gentes de 1867 como cualquiera mecanismo, por lo menos, de los que con asombro general se exhiben en el palacio de la industria.

Aborto de la extravagancia mujeril, torpe trasunto de una época de suciedades interiores, neologismo de la indumentaria bárbara, rígida y negra burla de la ropa blanca y flexible, mueble hidrofóbico nacido para sustituir las enaguas, solo se concibe su existencia bajo el peso de un tirano como el capricho y de una libertina como la moda. Alambre telegráfico de deshonestidades, jaula de Pandora para encerrar desdichas, cesto de velas manchado y desvencijado por el uso, esquelotología informe de animal antidoméstico y semi-salvaje, — el cuerpo de la mujer metido en esa enorme ratonera, participaba de algo como entre loco, desperfecto y estrafalario. Pensad en la serpiente boa que se traga una criatura y la deglute con sus anillos soñolientos; pensad en la rejilla de la cárcel ennegrecida y engrasada por prisioneros y visitantes; pensad en todo lo ampuloso que oculta perfiles, en todo lo hueco que es oscuro, en toda caverna sin respiracion, en todo estuche secular de contrabajo, y hallareis á la mujer y al miriñaque danzando sin querer por entre la fantasía de todas esas repugnancias. Es ademas el miriñaque una mentira social, y un ataque á la obra siempre sábia de la naturaleza.

¿Qué semejanza hay, en verdad, entre el cuerpo humano y el arranque del palo de un navío? — ¿En nombre de qué libertades podria, por ejemplo, el pavo real suprimir su cola, el armiño embetunar su piel, el águila recoger sus alas, y moverse todos tres en el campo de la creacion, concitando mofa contra quien de tales galas y atractivos les habia dotado? ¿No es la difamacion de las formas naturales un acto tan reprehensible como el que se comete desorejando al gato, desalando á la paloma ó picando en puntas los céspedes de un bosque? — Pues eso hacia la mujer con las formas que inspiraron la Venus de Milo.

La Exposicion actual proscribiera el miriñaque, restituyendo á la bella mitad del género humano las líneas fundamentales de su contorno. No solamente en la fabricacion de las telas y en los cortes de los trajes se ha prescindido de todo abultamiento artificial, sino que ni aun los fabricantes de jaulas se han atrevido á exponer los productos de esa industria que poco há absorbía la atencion y el dinero de medio mundo.

El miriñaque, pues, ha dejado de existir. No consagremos ni una lágrima siquiera á su memoria.

La mujer de la Exposicion se viste de dos modos: ó corta ó larga. Si lo primero, se cierra hasta la nuez; si lo segundo, se escota hasta la cintura. Parece que el traje es siempre el mismo: ó se lo sube y enseña media pierna, ó lo arrastra dos tercias y descubre el pecho. En uno y otro caso abandona al peso de las telas y silueta del corte, las arrugas de los paños y las líneas exteriores del vestido. Ambas formas recuerdan el antiguo, al modo que los modernos pueden recordar las edades en que los usos y cos-

tumbres eran tan diversos de los de ahora: el traje corto es oriental, el largo románico; pero como la idea que ha presidido á su corte no es histórica ni característica de la antigüedad, sino simplemente caprichosa de hoy, el corto simula ser el mismo traje largo recogido; de donde viene el adorno en pabellones sujeto con clavos romanos figurados, y la idea de la segunda falda que cubra los huecos de los pliegues puntiagudos.

No hay, por consiguiente, mas que un traje en la esencia, aunque parecen y son dos en la forma: el de andar, que facilita los movimientos, y el de pasear ó vestir que engrandece y compone la figura de la mujer, como las largas túnicas componen las estatuas antiguas.

En la tendencia es donde difieren por completo los trajes de ahora y los de entonces. La antigüedad pagana andaba medio desnuda, pero tenia la franqueza del desnudo. Los griegos adorando la forma, y los romanos haciendo gala de liviandad, se cubrian lo menos posible, pero dejaban á la figura humana el uso de todas sus libertades de desarrollo. Aquello era desnudarse, pero era desnudarse en regla; y como lo franco y descubierto es siempre menos alarmante que lo velado y misterioso, podia decirse de griegas y romanas que iban vestidas de desnudez.

La moda actual, por el contrario, desnuda á la mujer con el vestido; cubre las formas, pero las contornea; oculta el interior dejándolo adivinar con cierta malicia; hace como que tapa, y preludia los horrores del descubierto. Este sistema no tiene mas que una disculpa, y es que las mujeres que lo usan son vehículo inocente de la tendencia mas ó menos liviana que ha presidido á su organizacion. El sistema antiguo era social é individual á la vez; el sistema de hoy no pertenece mas que al sastre y á la modista, aconsejados en ocasiones por las bribonas mas bellas de un pueblo escasamente aprensivo. Si así no sucediera, seria forzoso convenir en que habiamos llegado, y esto no es verdad, á peores tiempos que los de Grecia y Roma.

El vestido corto trae consigo dos exigencias en que la moda de la Exposicion se muestra esplendorosa: la doble falda y el calzado. En la primera se recorre una línea de lujo que partiendo del refajo embellecido termina en el encaje arrefajado; ó como si dijéramos, hay faldas para todas las fortunas, considerando que la fortuna sea patrimonio de todas las mujeres. Aquellas dos varas de bayeta con que nuestras madres se abrigaban para cinco ó seis años, no sin que despues utilizasen en oficios groseros la tela menos ajada de su abrigo, pertenecen ya á las especulaciones arqueológicas. El refajo de la Exposicion no abriga pero cuesta; bien es verdad que se ha hecho para mostrarlo y no para cubrir. Por el contrario, él descubre una gran parte de su superficie bordada, para componer con el borde del vestido una superposicion de telas y de adornos que acoquetéen el perímetro inferior del tonelete. Las faldas interiores de ahora son una prenda que rechaza el calificativo antiguo de paños menores: si son menores ó son mayores que se lo pregunten al marido, no á la mujer. — La cadeneta, el entredós, el agreman, los bordados en sedas y colores, las randas, pasamanerías (¡ cuántos galicismos!), los flecos de borlas y bello-tas, los azabaches, aceros y pedrerías, el encaje á cordon y el encaje al hilo, todo lo que adorna, y mas que nada, todo lo que cuesta y avisa, todo se contiene en esa segunda falda que despues de valer no poco por sí misma, avalora y encarece de paso la falda primera ó principal.

Hemos dicho que *avisa*; y con efecto, el borde de la enagua parece hecho para que diga — *mirad*: de aquí procede la importancia del calzado en la Exposicion. — Poco nuevo podemos decir á nuestros lectores acerca de este ramo del traje femenino, porque ya es vulgar la noticia de que la zapatería no constituye un oficio, sino un arte. Este arte bello de la indumentaria de nuestros tiempos, que los españoles llamaban arte *prima* sin saber por qué (pues es preferible decir que lo ignoraban á confesar que teníamos un arte *secunda* ó sea de viejo) es en el dia la primera de las artes del vestido.

Todas las naciones se han presentado á competir sobre este punto en el certámen industrial, y ¡ cosa notable! todas revelan una tendencia análoga, á pesar de las diversidades de instintos y costumbres. Se trata de modelar y ceñir las formas interiores, bajo la apariencia de ocultarlas en mayor espacio á la vista del público; hay, pues, la misma lógica para el calzado que para el traje.

Hasta las inglesas, partidarias por lo comun de la teoría griega que dejaba á los extremos toda su amplitud para facilitar su mas perfecto desarrollo, lo cual ha sido causa de que se diga que tienen los piés feos en lugar de llamarlos grandes, hasta ellas han sucumbido á la teoría de Francia y tal vez con mas rigor que ningun otro pais.

El calzado de la Exposicion es en general alto, ceñido y pintoresco. El borde superior de la bota debe un si es no es ocultarse debajo de la falda del vestido: su planta es á lo Luis XV, su caña á lo Revolucion, y sus adornos, un tanto abigarrados, pertenecen á la época actual que se señala, tal vez con exceso, por la profusion de cintas y colgantes. — Francia é Inglaterra marchan en esto como en todas las cosas, á la cabeza de dos escuelas diferentes: la primera, tras de lo bello; la segunda, tras de lo bueno; lo cual no quiere decir que lo uno sea malo y lo otro feo, sino que los franceses tienen siempre por norma de conducta subordinar la naturaleza al arte, mientras que los ingleses subordinan el arte á la configuracion de la naturaleza. — Nunca ha sido moda de los ingleses oprimir la cintura, ni desfigurar el cabello, ni contener por medios artificiales el desarrollo de las formas humanas: esta conducta les ha valido rechifla en ocasiones, y fama en concepto general de poco elegantes y hasta estrafalarios; pero ella ha conservado la raza en todo su mas puro y lozano esplendor.

Consecuentes con esta teoría, los ingleses dan á su calzado la forma del pié, como á sus guantes la forma de la mano; y si así no resulta tan bello como rectificando las líneas naturales, procuran en compensacion que la materia, la hechura, la exactitud y esmero de la obra, suplan ó aventajen las excelencias de un procedimiento diferente. — Los franceses, por el contrario, obligan al cuerpo á que siga las inflexiones de la moda: no se paran á saber cómo se estará mas cómodo, sino cómo se estará mas bonito; y siendo esta la regla generadora de los adornos del traje, pueden confiar á la belleza lo que en otro caso habria de fiarse solo á la bondad.

Distínguese, pues, la zapatería francesa de la Exposicion por la elegancia del corte, la gallardía del *aparado* y los perfiles de un contorno arbitrario pero irreprochable. Nadie puede asegurar si las mujeres andarán con aquello, pero todos aseguran que si andan, parecerán pájaros del paraiso. ¿Qué importan las cuestiones anatómicas ni de sustentacion, ante las cuestiones de gracia y coquetería? — La raza latina, que toda ella piensa de un modo análogo, aun cuando no se dé razon de que lo hace, sigue sin titubear las modas de Francia, y las imita tan pronto como bien. Los españoles, italianos y portugueses, presentan en París un calzado que puede confundirse con el francés, del que solo le separan las distancias de tiempo necesarias para intercalar innovaciones ó perfiles nuevos. — Una segunda raza que nosotros llamaremos del Norte, porque verdaderamente no le cuadra otra mas usual clasificacion, forma grupo sin querer con la neutra Inglaterra, y sigue el curso de sus teorías en materia de modas. Los belgas, los suizos, los alemanes y los rusos parece que han aprendido en Lóndres el arte de la zapatería: exquisitas pieles, exactitud de corte, proligidad de confeccion; pero una forma mas parecida á lo viejo que á lo nuevo. Hay un pueblo entre todos que casi causa risa en sus asuntos de modas: este es el pueblo belga, quien si por su vecindad, y otras muchas causas, se cree obligado á seguir al francés, como si todos fuesen unos, su distinto carácter, y otras muchas circunstancias tambien, le equiparan al instinto británico. Casi puede decirse del pueblo belga que no sabe á qué carta quedarse; y así su calzado, por ejemplo, participa de toda la charrería comun en los franceses, y de lo informe y ramplon de ingleses y alemanes; de donde resultan botas que se podrian comparar con el burro aquel que sacó lo feo de la madre y lo haragandelpadre, en vez de salir tan hermoso y tan listó como ambos.

Lo que decimos del calzado podemos decirlo de los trajes en general. Tambien en ocasiones, ingleses y alemanes dan, como ahora, el espectáculo de seguir con rubor la moda francesa de la ropa corta, queriéndola cohonestar con ciertas decencias que la ridiculizan. Una corriente europea les arrastra en el camino de las innovaciones, y un dique de carácter se atraviesa débilmente en el cauce: lo que resulta de esta lucha, en los cuerpos se ve; todas las mujeres visten al parecer lo mismo, y sin embargo, cuando es una francesa la que anda, no puede menos de decirse: — «ahí vá.» — Y es que las modas hay que seguirlas por comple-

to, ó no seguirlas. La moda es un tirano misterioso cuya residencia se ignora por lo comun: nadie es capaz de decir donde principia su despotismo, pero todos saben que mas ó menos pronto ha de acabar éste por envolver á la mayoría del mundo civilizado.

Seria un descubrimiento curioso el de los resortes de que la moda se vale para subyugar á las gentes, porque tal vez de ahí saldria un nuevo principio de gobierno mas eficaz que todos los conocidos hasta ahora. Los carbonarios y masones no han obtenido nunca influencia tan directa y decisiva como la moda. — Sabido es, por ejemplo, que el monarca mas poderoso de la Europa actual, el emperador Napoleon III, se propuso desviar en solo un ápice el carril de la moda para favorecer la abatida industria sedera de Lyon; y que puesto de acuerdo con su linda consorte, con las damas mas bellas y elegantes de Francia, y con la industria y comercio unidos de París, proclamó la conveniencia de que se usasen nuevamente los trajes bordados y estampados, cuya proscripcion atraia la ruina de uno de los departamentos mas ricos de Francia. Pues bien: él á quien todos secundan en sus indicaciones y en sus caprichos; él que se vé acatado y casi reverenciado por poderes á quienes nadie doblegaba antes, no ha podido conseguir que las telas lisas pierdan su boga universal, ni por consiguiente que las estampaciones y bordados de Lyon ganen un palmo de terreno en los vastos dominios de la moda.

La Exposicion está acusando al grande hombre de impotencia para reglamentar el traje de la mujer. — «Mándame levantar (le ha dicho) en el Campo de Marte soberbios edificios en pocas semanas; mándame que trasforme mi erial y seca superficie en jardines lindisimos y cascadas espumosas; mándame producir árboles, lagos, frutos, aire, calor, atmósfera, todos los imposibles y todos los absurdos, si lo deseas; pero no me mandes que exhiba en mi recinto unas telas bordadas, porque nadie hará caso de ellas y mi descrédito será tan grande como el tuyo.»

La moda de la Exposicion, en efecto, sigue lisa y de medios colores: ningun argumento la persuade, ninguna insinuacion la obliga, ningun mandato le arredra: ¡ay, pues, de los poderosos que quieren atreverse á perturbarla!

Ella se presenta en el certámen de París con mas altos designios que el de una leve alteracion de formas: está encargada de una síntesis, y su evidencia la embarga por completo. ¿Qué síntesis es esa?

Vamos á decirlo. — Estamos atravesando una época de civilizacion helénica, tres mil años despues que la raza de Alcibiades atrajo sobre sí los elementos de su desorganizacion: buscamos la belleza como los griegos, y carecemos de la belleza griega en nuestros contornos; somos una raza casi fea, pero tenemos la pretension de la hermosura. Ahora bien: que el arte industrial que ellos desconocian, compense la severidad de líneas de que nosotros carecemos: esta es la cuestion.

Para realizarla, no hay sino hacer lo contrario de lo que ellos hacian, y ademas lo mismo. Ellos iban desnudos porque tenian un cuerpo muy hermoso; no estrechaban las formas porque sus formas eran proporcionadas, no rectificaban las líneas porque sus líneas llevaban en sí propias la rectificacion. Desnudémonos, pues, vestidos (han dicho los modernos) y resultará el *similia* por el *contraris*. — Hé ahí la síntesis.

Con ballenas y goma elástica fabriquemos un cuerpo muy airoso; con botas ajustadas y bellas contorneemos las extremidades; con altos y elegantes tacones, suplamos la estatura; con sobre-faldas en pabellon y borlas, formemos la cadera: un adorno en la nuca nos permitirá mostrar la frente despejada, y añadir con disimulo por detrás el escaso mechón de nuestros cabellos. Todo irá oculto y rectificado, pero se hará ostensible por el arte de enseñar escondiendo: las gentes creerán que vamos vestidas é iremos desnudas; se alabará aquello que crean propio, sin que pueda motejarse lo que es ageno. La química y la farmacia completarán con sus maravillosas combinaciones el arte del adorno; y ni el color, ni las manchas, ni ninguna otra injuria de tiempos y de achaques, deslabonarán la cadena de una estereotipada juventud. Paremos, en una palabra, el carro que conduce las inclemencias, á la puerta del dictador que ocurre á las necesidades: así como así la moda es una mentira aceptada por todos, y dichosos una y mil veces los que consiguen engañarse á sí mismos!

No será esta la única vez que nos ocupemos de modas, porque hay muchas modas en la Exposicion.



GUILLERMO I DE PRUSIA.

MÚSICA TUNECINA.

En el número primero de esta REVISTA, al hablar del palacio que el bey de Túnez ha construido en el Campo de Marte, hicimos notar que en uno de sus costados se habia establecido un café del país, en el que cinco tañedores y cantantes á la vez, recreaban á la concurrencia con música característica del suelo de África. Esta música ha obtenido cierta celebridad entre los concurrentes al parque, á pesar de que unos la hallan monótona, mientras que otros la consideran, y así es la verdad, como fuente de grandes bellezas artísticas de que Francia misma tiene magníficos ejemplares.

El Desierto de Feliciano David no existiria, si el maestro no hubiera pasado largos años de su vida estudiando los populares orígenes de esa música. Nosotros en España podemos comprenderla perfectamente, porque es tan nuestra como de Túnez. La sencillez de su ejecucion nos mueve á publicar la copia que de las dos canciones mas usuales ha sacado al oído el Sr. Soriano Fuertes, y estamos seguros de que al caer el número presente en manos de nuestros suscritores, no habrá casa donde la señorita deje de traducir á sus padres los acentos melódicos de esos cantares, que en París despiertan diariamente á imaginaciones españolas el dulce recuerdo de la patria.



EL CLARINETE-ROMERO : véase el número 4.º de esta REVISTA.

ERRATAS.

A pesar del exquisito esmero con que la Redaccion de esta obra procura cuidar de todos los perfiles de su publicacion, la circunstancia de imprimirse esta en país extranjero y ser los operarios en su mayor parte desconocedores del idioma castellano, es causa de que se deslicen algunas erratas en el texto, que si pueden dis-

gustar al lector, atarazan y destrozan el alma del autor del escrito de una manera inconcebible. Solo los padres se pueden formar idea del pesar que ocasiona un hijo mutilado. Rogamos, pues, á los mas escrupulosos que enmienden con su imaginacion cualquier yerro de imprenta que notaren, y vean en él, no el descuido de una mano indiferente, sino el cuidado y proligidad que deberán emplearse para que sean solo algunas y leves, las erratas que debieran ser graves y numerosas.— A veces hay mérito en lo malo, cuando ello acusa la ausencia de lo peor.

ADVERTENCIA DE LA ADMINISTRACION.— No habiendo facilidad de hacer giro á todos los puntos donde residen gran número de suscritores á la presente obra, la Administracion de la misma suplica á los que hasta el dia no han realizado el importe (por no haberse selo exigido), se sirvan verificarlo en una libranza del giro mútuo del Tesoro ó en sellos de franqueo, donde aquel no exista, descontando el importe de los gastos que la operacion les origine, pues este será el medio de complacer á los mismos que frecuentemente nos indican su deseo de satisfacer las cantidades que adeudan contra su voluntad.